



De la vida de un inútil

Joseph von Eichendorff

Traducción de Ursula Toberer

Lectulandia

El joven hijo de un molinero decide abandonar su hogar cuando su padre le tacha de inútil por no hacer nada. A partir de ese momento comienza una novela cómica de enredo, donde los amores del inútil y su ingenuidad para manejarlos le harán vivir episodios insólitos y extravagantes en un viaje que le llevará hasta Italia.

Publicada por primera vez en 1826, *De la vida de un inútil* mantiene su frescura original frente al paso del tiempo, lo que ha acabado por convertirla en un clásico del romanticismo alemán del siglo XIX, una obra maestra constantemente reeditada en su país y en gran parte de Europa.

Además del final feliz que cierra la trama, Eichendorff salpica el relato con poemas y canciones de enorme calidad, lo que explica por qué parte de su obra poética fue musicada por Schumann y Mendelssohn.

Lectulandia

Joseph von Eichendorff

De la vida de un inútil

ePub r1.0

Titivillus 16.08.15

Título original: *Aus dem Leben eines Taugenichts*

Joseph von Eichendorff, 1826

Traducción: Ursula Toberer

Traducción de poemas: Luis Alberto de Cuenca

Ilustración de cubierta: detalle de *Rosenduft-Erinnerung* (1845-46), de Carl Spitzweg

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMER CAPÍTULO

SENTADO EN EL UMBRAL de la puerta me restregaba los ojos aún llenos de sueño. Escuchaba cómo daba vueltas sin cesar la rueda del molino de mi padre. El ruido se entremezclaba con el gorjeo de los gorriones que revoloteaban por el tejado, de donde la nieve empezaba a gotear. El sol ya calentaba un poquito, lo que me hacía sentirme muy a gusto. De pronto, mi padre, que llevaba trabajando en el molino desde el alba, salió de la casa con el gorro de dormir todavía colgándole a un lado, y algo enfadado me dijo:

—¡Tú, inútil! Ya estás tomando el sol otra vez y estirándote los huesos hasta cansarte mientras yo trabajo por los dos. Ha llegado el momento. No puedo mantenerte más tiempo. La primavera acaba de empezar, coge tus cosas, sal a ver mundo y gánate la vida tú solito.

—Pues bien —dije—, si me consideras un inútil me iré a ver mundo y a hacer fortuna. —En el fondo me apetecía la idea, porque poco antes se me había pasado por la cabeza emprender viaje, mientras me tiraba un buen rato escuchando al verdicillo que todo el otoño e invierno había cantado en nuestra ventana su triste canción invernal —«Campesino, campesino, déjame reposar en tu casa»—. Ahora, en primavera, me parecía haberle oído entonar alegremente desde su árbol: «Campesino, campesino, me voy, me voy volando...».

Así pues, no me lo pensé más, entré en casa y descolgué de la pared mi violín, que tocaba con bastante destreza. Mi padre me dio algunas monedas para el camino y me marché atravesando el pueblo. Sentí una inmensa alegría al ver a izquierda y derecha a todos mis conocidos y amigos yendo a sus trabajos, donde cavaban, araban, etc. —igual que ayer, anteayer y todos los días—, mientras yo partía hacia el mundo y hacia mi libertad. Decía adiós por doquier a esa pobre gente, pero a nadie pareció importarle; sin embargo, para mí aquel día era como un eterno domingo.

Cuando por fin llegué a campo abierto, cogí mi violín y toqué y canté haciendo camino.

A aquel a quien Dios quiere bien
lo hará viajar por todo el mundo

para enseñarle sus prodigios,
sus rocas, bosques, ríos y campos.

Los vagos que en casa se quedan
no aprecian los amaneceres,
sólo saben de cuidar niños,
de inquietudes, cargas y penas.

Los ríos brotan de los montes,
alegres vuelan las alondras,
por qué no he de cantar con ellas
a voz en cuello y pecho.

Al buen Dios dejo que me guíe,
a Él, que cuida tierra y cielo,
ríos, alondras, bosques, campos,
todas mis cosas Le encomiendo.

Transcurrido algún tiempo sentí cómo se acercaba un precioso carruaje que posiblemente había marchado detrás de mí durante un buen rato sin que yo me hubiera percatado de ello, pues mi corazón rebosaba alegría. El carruaje iba muy despacio y dos damas muy elegantes asomaron sus cabezas para escuchar mi música. Una de ellas era muy bonita y joven, pero a mí me gustaron las dos. Dejé de cantar, la dama mayor ordenó detener el carruaje y se dirigió hacia mí diciendo:

—¡Hola!, alegre camarada. ¡Sabe cantar usted canciones muy bonitas!

Yo, sin cortarme, respondí:

—¡Para su excelencia cantaría muchísimas más!

A lo que ella me contestó:

—¿Y adónde se dirige a horas tan tempranas?

En ese instante sentí vergüenza, porque ni yo mismo lo sabía, pero le dije atrevido:

—Me dirijo a «V».

Entonces las dos damas hablaron entre ellas en un idioma desconocido para mí. La joven negó varias veces con la cabeza, pero la mayor se reía mucho y, al cabo de un rato, me llamó:

—¡Súbase atrás en el coche, nosotras también vamos a «V»!

¡Qué alegría sentí! Hice una reverencia y subí de un salto. El cochero dio un chasquido y al minuto volábamos por la carretera; el viento casi se llevó mi sombrero.

Atrás quedaban aldeas, jardines e iglesias que daban paso a otros pueblos, castillos y montañas. Abajo veía pasar campos sembrados, arbustos y praderas, y en

lo alto del cielo azul volaban cientos de alondras. Me daba mucha vergüenza gritar de alegría, pero en mi interior sí que lanzaba gritos mientras danzaba en el estribo, lo que casi me hace perder mi violín, que sostenía bajo el brazo. Conforme ascendía el sol, en lo alto del horizonte se formaban las típicas nubes blancas y pesadas del mediodía, y ya no quedaba vida en el cielo ni en las extensas praderas. Hacía calor, todo estaba en silencio, y lo único que se movía eran los campos de trigo. En ese momento empecé a añorar mi pueblo, a mi padre, nuestro molino, el fresquito a la sombra del estanque, y comprendí que todo eso se había quedado muy atrás. Me sentí igual de raro que si me hubiera visto obligado a regresar en ese mismo instante. Guardé el violín en mi chaqueta, me senté en el estribo del coche —muy pensativo— y me quedé dormido.

Cuando volví a abrir los ojos, el carruaje se había detenido bajo una hilera de tilos. Detrás de los árboles se veía una ancha escalera rodeada de columnas que llevaba hasta un pomposo palacio. Al lado, a través de los árboles, atisbé las torres de «V». Daba la impresión de que las dos damas se habían bajado mucho tiempo antes, porque los caballos ya habían sido guardados en los establos. De repente me asusté un poco ante mi soledad y me dirigí al palacio corriendo. En ese mismo instante alguien se echó a reír desde una ventana en lo alto del edificio.

En el palacio me pasaron cosas muy raras. Curioseaba por el gran *hall* de entrada cuando, de repente, alguien me tocó en el hombro con un bastón. Me di la vuelta y me encontré ante un enorme caballero con ropajes de gala, una charpa de oro y seda que le colgaba hasta la cadera, un bastón con empuñadura de plata en la mano y una larga y curvada nariz asomando en su cara. Se plantó delante de mí como un pavo real preguntándome qué quería. Yo, totalmente aturdido, no pude pronunciar palabra. Veía sirvientes que subían y bajaban y que, aunque no me dirigían la palabra, no me quitaban ojo. Por fin vino directamente hacía mí una doncella y dijo que yo era un chico encantador y que sus excelencias deseaban saber si estaba dispuesto a servirles como ayudante de jardinero.

Me llevé la mano al bolsillo, las pocas monedas que tenía se me habían caído Dios sabe dónde y cómo. Posiblemente cuando bailaba en el estribo del carruaje. Sólo me quedaba la música de mi violín, por la que el señor del bastón —según me dio a entender— no iba a darme ni un centavo. Muerto de miedo contesté que sí a la doncella mientras miraba de reojo la figura inquietante del caballero del bastón que se pavoneaba en el *hall* arriba y abajo como la aguja de un reloj y que, justo ahora, se me acercaba de nuevo tan majestuosamente que daba miedo. Por fin llegó el jardinero murmurando por debajo de su barba algo similar a «vaya gentuza de campesinos», y me guió hacia el jardín mientras me sermoneaba diciéndome que debía trabajar mucho, no vagar por ahí, no dedicarme a las artes que no daban de comer y olvidarme de hacer otras tonterías porque, de esa manera, algún día podría llegar a ser alguien.

Me dio muchos más simpáticos y útiles consejos, pero a mí ya se me han

olvidado. De todos modos, no tenía ni idea de cómo había ocurrido lo que me estaba pasando. Me limitaba a decir a todo que sí y me sentí igual que un pájaro al que han mojado las alas. Pero, a Dios gracias, tenía trabajo para ganarme el pan.

En el jardín se vivía divinamente. Disponía a diario de abundante comida caliente y de más dinero para vino del que precisaba; pero, por desgracia, el trabajo era duro. Mantener los monópteros, los cenadores y emparrados me encantaba, pero me hubiera gustado mucho más poder pasear y discutir vivamente, como hacían los caballeros y las damas que venían todos los días. Siempre que el jardinero se ausentaba y me quedaba solo, encendía mi pequeña pipa, pensando en bonitas frases y en cómo daría conversación a la bella y joven dama que me trajo al palacio; si fuera un caballero pasearía con ella por aquí. O bien me tumbaría boca arriba durante el sofocante calor de la tarde, cuando todo permanece en silencio y lo único que se escucha es el zumbido de las abejas, para observar cómo volaban las nubes en dirección a mi pueblo, fijándome en el ligero movimiento de la hierba y las flores y pensando en la dama; algunas veces sucedió realmente que la bella mujer paseaba a lo lejos por el jardín con su guitarra o con un libro, tan alta, silenciosa y tranquila como un ángel, y yo no sabía si soñaba o estaba despierto.

Un día, al dirigirme hacia mi puesto de trabajo, pasé por un pabellón canturreando:

Por donde camino, ya sean campos,
bosques, valles, del monte
al azul del cielo, contemplo
bellas y elegantes mujeres;
yo os envío saludos mil.

De pronto vi un par de hermosos ojos mirando con picardía entre las persianas y las flores de un sombrío pabellón. Asustado, dejé de cantar y, sin mirar atrás, proseguí mi camino.

Esa misma tarde, cuando estaba en mi casita del jardín con mi violín en la mano, contento de que al día siguiente fuera domingo y pensando aún en el brillo de los ojos que me habían mirado, se acercó desde la penumbra la doncella.

—Su excelencia mi señora os manda esto, para que lo bebáis a su salud. Buenas noches pues. —Con esas palabras puso una botella de vino en el alféizar de mi ventana y desapareció entre la flores y arbustos como una salamandra.

Me quedé un buen rato delante de la botella sin entender nada.

Antes de ese incidente había tocado alegremente mi violín, pero ahora lo hacía con tanto brío que incluso canté todas las estrofas de la canción que le había gustado a la hermosa señora, y después todas las demás que me sabía, hasta que se despertaron los ruiseñores y la luna y las estrellas brillaron en lo alto del cielo. ¡Qué noche más hermosa!

Cuando nacemos nadie sabe lo que nos deparará el futuro: «Una gallina ciega a veces también encuentra un grano», «quien ríe el último...», «el hombre propone, Dios dispone»... En esas cosas cavilaba al día siguiente, fumando tranquilamente mi pipa sentado en el jardín, cuando me miré de arriba abajo y tuve la extraña sensación de ser un canalla.

Empecé a madrugar todos los días, mucho más que el jardinero y los demás trabajadores, lo cual no era nada usual en mí. Pero a esas horas del día se estaba divinamente en los jardines. El sol de la mañana iluminaba las flores, las fuentes y las rosaledas brillaban como si fueran de oro o piedras preciosas. Debajo de los altos hayedos me sentía como en el interior de una iglesia, fresquito y en silencio. Sólo se oía el aleteo de los pájaros que picoteaban en la arena. Delante del palacio, y justo debajo de la ventana donde vivía la bella dama, había un gran arbusto en flor donde me solía esconder para mirarla, ya que no tenía el coraje de dejarme ver. Así pues, muchas mañanas la veía, la más hermosa de todas, acercándose a la ventana abierta, aún medio dormida, envuelta en un vestido blanco como la nieve. Se trenzaba sus cabellos de color castaño oscuro mientras su mirada se deslizaba por los jardines. A veces ataba en un ramillete algunas flores que había en el alféizar, otras cogía la guitarra con sus blancos brazos y cantaba. Cada vez que recuerdo alguna de esas canciones me invade la tristeza y mi corazón da un vuelco. ¡Ay! ¡Cuánto tiempo hace ya de aquello...!

Eso duró algo más de una semana. Pero un día —todo estaba en silencio y ella, como siempre, en la ventana— me molestó en la nariz una maldita mosca y empecé a estornudar sin parar. Ella se inclinó y me vio —pobrecito de mí— fisgoneando detrás del arbusto. De la vergüenza que sentí, deseé que me tragase la tierra, y durante muchos días no volví por allí.

Cuando me arriesgué de nuevo, la ventana permanecía cerrada. Estuve cuatro, cinco, seis mañanas detrás del arbusto, pero nada, nunca más se abrió la ventana. Me invadió el aburrimiento y, con renovado coraje, empecé a pasear bajo todas las ventanas del palacio. Pero la bella dama se había ausentado para siempre. Algunas ventanas más allá descubrí a la otra señora. Nunca me había parado a mirarla detenidamente. Era de una belleza impresionante, de mejillas rojas y gordita como un tulipán. Siempre que le hacía una reverencia, ella me lo agradecía, asentía con la cabeza y me guiñaba un ojo. Tan sólo una vez me pareció haber visto también en esa ventana a la bella dama mirando detrás de las cortinas.

Pasaron muchos días sin que pudiera volver a verla. Ya no venía a los jardines ni jamás se acercaba a la ventana. El jardinero empezó a llamarme golfo y vago, y yo estaba de muy mal humor; al mirar a lo lejos me molestó mi propia nariz y me invadió el deseo de irme.

Así de pensativo permanecí una tarde de domingo, tumbado en el jardín, mirando el humo de mi pipa y enfadado conmigo mismo por no tener otro tipo de trabajo. El resto de los mozos, vestidos con sus mejores galas, se habían marchado al pueblo

cercano para disfrutar del baile. Allí reinaba la alegría, con el ir y venir de gente con traje de domingo, moviéndose entre las casas, y los que tocaban los organillos disfrutaban del aire cálido de la tarde. Mientras, como si fuera un avetoro entre los juncos de un estanque solitario, me mecía en una barca amarrada en el jardín. En la lejanía se podían oír las campanas que llamaban para la merienda. A mi lado se deslizaban los cisnes y yo deseaba morirme.

De pronto, a lo lejos, se oyeron muchas voces, animadas conversaciones y risas; a través de los arbustos divisé pañuelos rojos, blancos, sombreros y plumas, y a un grupo de señores y señoras, entre ellos mis dos queridas damas, que procedentes del palacio atravesaban las praderas hacia mí. Me levanté y quise irme, pero en ese instante la mayor de las damas me vio:

—¡Ay! No podíamos haberlo planeado mejor —dijo entre risas—. ¿Por qué no nos lleva a la otra orilla del estanque?

Sin dudarle, aunque todavía con cierto reparo, las señoras se dispusieron a meterse en la barca y ellos, haciéndose los valientes, las ayudaron a subir. Una vez sentadas las señoras, empujé la barca. Uno de los hombres, ubicado delante del todo, empezó a balancearse levemente; las señoras, temerosas, intentaban moverse al ritmo de la barca y dejaron escapar algunos gritos; me fijé en cómo una de las damas, guapísima ella, se inclinaba hacia las suaves olas sosteniendo en la mano un lirio con el que rozaba las aguas. Pude ver su imagen entre las nubes y los árboles que se reflejaban en el agua, y me pareció un ángel que pasara despacito por el intenso azul del firmamento.

Mientras la estaba mirando, la otra de mis damas, la gordita y alegre, me pidió que entonara una canción. En seguida, un joven delgadito y con gafas se dio la vuelta y, besándole la mano, dijo:

—¡Cuánto le agradezco esta feliz idea! Una canción popular cantada en el campo por el pueblo es como el alma de la nación.

No obstante, yo contesté que no sabía ninguna canción adecuada para sus excelencias. Pero entonces saltó la doncella respondona, de la que no me había percatado hasta ese momento y que se hallaba justo a mi lado con una cesta llena de tazas y botellas:

—Él se sabe una cancioncilla preciosa que trata de una bella señora.

—Sí, sí, que la cante —dijo la dama otra vez.

Me sonrojé de pies a cabeza. Entonces la bella dama que miraba ensimismada las olas, me dirigió una mirada que me llegó al alma. Así que, ni corto ni perezoso, empecé a cantar con todas mis fuerzas:

Por donde camino, ya sean
campos, bosques, valles, del monte
hasta la pradera, contemplo
bellas y elegantes mujeres;

yo os envío saludos mil.

En mi jardín encuentro muchas
flores, tan lindas como hermosas;
quiero hacer coronas con ellas
y entrelazar mil pensamientos
que las saluden y celebren.

Pero ninguna es digna de ella:
tan bella es, tan de alta cuna,
que vuelve pálidas las flores.
Sólo el amor no tiene igual
y habita siempre el corazón.

Tal parece que estoy alegre
cuando trabajo por doquier,
y, aunque el corazón se me rompe,
sigo y sigo cavando, y canto,
y pronto cavaré mi tumba.

Llegamos a la otra orilla y todos descendieron de la barca. Muchos caballeros se burlaron de mí ante las señoras; lo vi en sus miradas y lo noté en sus cuchicheos mientras cantaba. Un señor de gafas me cogió la mano al salir y me dijo no sé qué cosa, mientras la mayor de mis damas asentía amablemente con la cabeza. La bella dama mantuvo todo el tiempo la mirada baja y al salir no pronunció palabra. Con lágrimas en mis ojos, el corazón me latía de vergüenza y dolor. En ese instante me di realmente cuenta de lo hermosa que era ella y de lo pobre que era yo, burlado y abandonado por el mundo. Y cuando todos desaparecieron tras de los arbustos, no pude soportarlo más, me arrojé al suelo y lloré desconsoladamente.

SEGUNDO CAPÍTULO

LA CARRETERA PASABA PEGADA a los jardines del palacio, separados de ella sólo por un muro alto. Dentro se levantaba una preciosa caseta de aduana de bonito tejado rojo, con un huertecillo a sus espaldas colindante con la parte más sombría y escondida de los jardines, por donde se apreciaba una pequeña abertura en el muro. El aduanero que residía allí había muerto. Una mañana muy temprano —yo aún dormía profundamente— vino el escribano del palacio y me mandó a ver al administrador. Me vestí rápidamente y caminé despacito tras él. Arrancó por el camino algunas flores que colocó en la solapa de su chaqueta, haciendo girar su bastón en el aire mientras me hablaba y hablaba, pero yo, aún medio dormido, no entendía absolutamente nada. Cuando todavía en penumbra entré en la cancellería, vi al notario con una gran peluca sentado detrás de montones de papeles, libros y un enorme tintero. Se dirigió a mí con la pose de un búho que mirase desde su nido:

—¿Cómo se llama? ¿De dónde es, sabe escribir, leer y cálculo? —dije que sí, y él añadió—: Pues sus excelencias han pensado que, gracias a su buen comportamiento y a sus méritos, puede ocupar la vacante de aduanero.

En un instante repasé mi comportamiento y mis méritos y tuve que admitir que el notario tenía mucha razón. Así, sin apenas darme cuenta, me convertí en aduanero.

Me mudé en seguida a mi nueva casita y en muy poco tiempo estuve completamente instalado. Encontré varias cosas que mi difunto antecesor, que en gloria esté, había dejado a su sucesor; entre otras, una hermosa bata roja con lunares amarillos, pantuflas verdes, un gorro de dormir y algunas pipas de largas boquillas. Ya deseaba poseer todo aquello cuando aún vivía con mi padre. En aquellos tiempos me había fijado en la cómoda vida que llevaba nuestro pastor, así que durante todo el día (no tuve otra cosa que hacer) permanecí en bata y gorro sentado en el banquito de delante de la casa, fumando tabaco en la pipa más larga que pude encontrar. Miraba cómo la gente iba y venía por la carretera, caminando, en carruaje o montada a caballo, y mi único deseo era que me viera alguien de mi pueblo, porque siempre decían que yo no iba a llegar a nada en la vida.

La bata me sentaba muy bien y todo me gustaba. Estaba sentado tranquilamente, pensando en que cualquier comienzo es difícil y en que la vida elegante y distinguida es muy cómoda, cuando tomé una decisión: dejaría de viajar y empezaría a ahorrar

algún dinero, como todo el mundo, para —con el tiempo— poder llegar a ser alguien importante. Pero, a pesar de mis decisiones, preocupaciones y quehaceres, no podía apartar de mis pensamientos la belleza de mi dama.

En el pequeño huerto habían sembrado patatas y otras verduras, pero yo sólo quería flores y planté las más bonitas que pude encontrar. El portero de palacio, el de la gran nariz, que me visitaba muy a menudo desde que yo residía allí y que se hizo muy amigo mío, siempre me miraba de reojo, convencido de que la suerte repentina se me había subido a la cabeza. Pero no me importaba en absoluto. No muy lejos de mi huertecillo, en los jardines de palacio, podía escuchar finas voces entre las que creí reconocer la de mi hermosa dama. Era incapaz de ver nada, porque los arbustos lo tapaban todo, así que se me ocurrió trenzar todos los días un ramillete con mis flores más bonitas y todas las noches, cuando ya había oscurecido, saltaba el muro y lo dejaba encima de una mesa de piedra en medio de un emparrado. Cada noche, cuando llevaba el ramo fresco, el del día anterior había desaparecido.

Una noche en la que los señores volvían de cazar, el sol, al comenzar a ponerse, envolvió todo el paisaje como un brillante mar; el agua del Danubio que serpenteaba a lo lejos parecía de oro puro y fuego y de las montañas cercanas llegaban los cantos de los viticultores. Me hallaba sentado junto al portero, en el banquito de delante de mi casa, y disfrutaba de la suave brisa de ese alegre día primaveral que poco a poco tocaba a su fin. A lo lejos sonaban las cornetas de los cazadores que regresaban y se mandaban saludos de una montaña a otra. Estaba encantado y salté como hechizado:

—¡Cuánto me gusta ese ambiente de caza!

Pero mientras vaciaba su pipa a golpecitos, el portero me dijo:

—No creáis que cazar es fácil. Yo también lo hice, pero no gana uno ni para las suelas de los zapatos. No te quitas de encima la tos ni los constipados, porque siempre tienes los pies mojados.

Me invadió una rabia tan increíble que todo mi cuerpo se puso a temblar. De repente ese hombre con su aburrido abrigo, su pipa y su gran nariz me resultó horrible. Le cogí de la solapa y, fuera de mí, le dije:

—¡Portero, o ahora mismo os vais a vuestra casa o empiezo a pegaros una paliza!

—En ese mismo instante volvió a convencerse de que yo estaba loco de remate. Me miró pensativo, con cierto temor y, sin decir palabra, se marchó a zancadas hacia el palacio, mirando atrás de vez en cuando, y una vez allí comunicó a los demás que yo había perdido la razón.

Pero yo me eché a reír, contento de haberme librado de ese sabelotodo y porque era la hora de depositar mi ramo de flores en el sitio acostumbrado. Salté el muro rápidamente y cuando me dirigía a la mesa de piedra oí a lo lejos los pasos de un caballo. No me daba tiempo a escapar, ya que mi bella dama en persona, vestida con traje de caza y un sombrero con plumas, se acercaba lentamente por la avenida. Me sobrevino la misma sensación que cuando leía los viejos libros de mi padre sobre la hermosa *Magalone*, que aparecía entre los árboles del bosque bajo los destellos de las

luces del atardecer y los últimos y lejanos sonidos de los cuernos de caza. Ni siquiera fui capaz de moverme. Ella se asustó al verme y se detuvo. Sentí una mezcla de miedo y alegría, y, cuando mi corazón estaba a punto de salirse de mi cuerpo, comprobé que realmente llevaba en su pecho mi ramillete de flores del día anterior. Totalmente fuera de mí, le dije:

—Excelencia, hermosísima dama, coged también este otro ramo mío. Todas las flores de mi jardín y todo lo que poseo es vuestro. ¡Hasta mi mano pondría en el fuego por vos!

Me miró muy seriamente, casi con rabia, lo que me estremeció, pero al instante bajó la mirada mientras yo le hablaba. Entretanto se oían algunas voces acercándose desde los matorrales. Ella cogió rápidamente mi ramo de flores y, sin decir palabra, desapareció por el camino.

A partir de esa noche ya no encontré la paz. Me invadía la misma sensación que siempre me asaltaba en mi casa al llegar la primavera, cuando me sentía intranquilo y feliz a la vez sin saber porqué, como si me fuera a ocurrir algo grande, especial. Las cuentas ya no me salían. Los rayos de sol entraban por mi ventana a través del castaño, con su luz dorada bailando entre los números, mientras yo sumaba desde el principio hasta el final de la página, hacia arriba y hacia abajo, sin resultado congruente, volviéndome loco. Me invadían extraños pensamientos y ni siquiera me era posible contar hasta tres. El ocho se parecía a mi dama gordita, el siete a un indicador de carretera mostrando el camino al revés, o una horca. El nueve era el más divertido, porque cada vez que lo miraba se ponía al revés transformándose en un seis, y el dos semejaba una alegre interrogación que pretendía preguntarme: «¿Adónde te va a llevar todo esto? Tú eres un cero a la izquierda». Y el delgadito uno tenía la silueta de Ella, y me decía que sin Ella nunca sería nadie.

Descansar sentado delante de mi puerta también había dejado de gustarme. Saqué una banqueta afuera para apoyar mis pies y de ese modo estar más cómodo, reparé en un viejo parasol para protegerme, pero nada dio resultado. Sólo sentía que mis piernas se volvían cada vez más largas de tanto aburrimiento y que de no hacer absolutamente nada mi nariz crecía por minutos.

De tanto en tanto pasaba al alba un carruaje que traía el correo y yo salía a su encuentro todavía medio dormido. El aire era fresco y a veces se asomaba deseándome los buenos días una carita de la que sólo se percibían dos ojos brillando en la oscuridad. Desde los pueblos cercanos se escuchaba el canto de los gallos, en los campos volaban por lo alto del firmamento algunas golondrinas demasiado madrugadoras y, mientras el cochero tocaba su corneta, cada vez más lejana, yo me quedaba quieto delante de mi puerta, mirando cómo se alejaba el carruaje, y me invadía esa extraña sensación de querer subirme a él inmediatamente para irme lejos, muy lejos, a ver el mundo.

Seguía depositando mis ramos de flores encima de la mesa de piedra todos los días, cuando se ponía el sol. Pero desde aquella noche eso era todo. A nadie le

interesaban ya mis flores, que continuaban en el mismo sitio por las mañanas, marchitas, mirándome con las cabecitas colgando y cubiertas de gotitas de rocío que parecían lágrimas. Empecé a enfadarme. Dejé de hacer los ramos. Las malas hierbas invadieron poco a poco mi jardín y las flores crecieron hasta ser arrancadas por el viento. Mi corazón se sentía desconcertado.

En esos momentos de enorme desolación ocurrió que un día, mientras miraba por la ventana, vi a la doncella cruzar la carretera desde palacio. Se me acercó diciendo:

—Su excelencia el Señor ha vuelto de viaje.

—¿Ah sí? —respondí extrañado, puesto que, al no haberme preocupado de nada últimamente, no sabía siquiera que el Señor estuviese de viaje—. Su hija, la joven dama, estará muy contenta —añadí.

La doncella me miró de arriba abajo y tuve la sensación de haber dicho alguna tontería.

—Usted realmente no se entera de nada —dijo por fin, frunciendo su pequeña nariz—. Es que —siguió diciendo— esta noche se celebrará en palacio un baile de máscaras en honor del Señor, y mi Señora acudirá vestida de jardinera, ¿me entiende? Y la Señora sabe que tiene usted en su jardín unas flores preciosas.

«¡Qué raro! —pensé—. Si ahora precisamente ya casi no se ven las flores de tantas malas hierbas como hay». Pero la doncella prosiguió:

—Puesto que la Señora necesita flores muy bonitas y muy frescas para su disfraz, le pide que esta noche, cuando haya oscurecido, se las lleve usted, y que la espere en los jardines de palacio bajo el gran peral, a donde ella acudirá a recogerlas.

Completamente sorprendido y contento por aquella noticia salí corriendo para acercarme a la doncella.

—¡Pero bueno, qué indumentaria más horrible lleva usted! —exclamó de repente al verme en la calle con mi bata. Aunque me fastidió tal exclamación, no quise ser descortés y le hice una cuantas cabriolas para ver si podía atraparla y darle un beso. Desgraciadamente, la bata, que era demasiado larga para mi estatura, se me enredó en los pies y me caí todo lo largo que era. Cuando volví a enderezarme, la doncella ya se había alejado un buen trecho y oí cómo se reía a placer.

Por lo menos ahora tenía una alegría y algo en qué pensar. ¿Sería verdad que Ella todavía se acordaba de mí y de mis flores? Me adentré inmediatamente en mi jardín para arrancar todas las malas hierbas de mis arriates. Las tiré con sus raíces por encima de mi cabeza, muy lejos, como si con ellas arrojara la melancolía y todos mis males de los últimos días. Las rosas se transformaron de nuevo en su boca, las enredaderas azules se parecían a sus ojos y los blancos lirios con sus cabecitas agachadas eran iguales a ella. Con cuidado las metí todas en una cesta. La tarde era plácida, sin nubes en el cielo. Ya se dejaban ver algunas estrellas; a lo lejos, detrás de los campos, se escuchaba el bramido del Danubio y, en las altas copas de los árboles, los pájaros cantaban produciendo gran placer. ¡Qué feliz me sentí!

Cuando por fin anocheció, me dirigí a los jardines de palacio con mi cestita llena

de flores. Ver aquella cesta con tanto colorido era un placer, y ¡cómo olía! Mi corazón rebosaba alegría.

Sumido en mis pensamientos, paseé bajo la luz de la luna por los caminos nivelados cuidadosamente con arena y por los pequeños puentes blancos bajo los cuales dormían ya los cisnes, pasando ante los emparrados y las casitas del jardín. No tardé en encontrar el gran peral, pues era el mismo donde echaba mis siestas cuando aún era el ayudante del jardinero.

Todo permanecía oscuro y silencioso. Sólo se oía el susurro de las hojas del álamo temblón. Del palacio llegaba música, voces que iban y venían y, después, todo quedaba de nuevo en silencio.

Mi corazón latía con fuerza. Sentí miedo y tuve la sensación de estar robando a alguien. Durante algún tiempo me quedé debajo del árbol quieto como un palo, escuchando. No se acercaba nadie. No pude soportarlo más. Cogí mi cesta y me subí al peral para volver a respirar.

Allí en lo alto la música se escuchaba perfectamente. Podía ver el jardín entero y las ventanas iluminadas del palacio. Las lámparas de araña brillaban como guirnaldas de estrellas y todo el mundo se movía y daba tantas vueltas y vueltas como en un juego de sombras chinescas que, a veces, se acercaban a las ventanas para descansar contemplando los jardines. Delante del palacio todo se teñía de oro por la profusión de luces reflejadas en los arbustos, las flores y los árboles. A mi espalda todo era negro y silencioso.

«Estará ahí bailando —pensé—, y seguro que se ha olvidado de mí y de las flores. Están tan alegres que ya no le importo a nadie. Así me van las cosas. Todos tienen su sitio en este mundo, su estufita caliente, su taza de café, su mujer, su copa de vino por la noche... Hasta el portero parece encontrarse satisfecho con lo que posee. Sin embargo, yo no me siento feliz en ninguna parte. Tengo la sensación de llegar tarde a todo, como si el mundo no contara conmigo».

Filosofaba de esta guisa acerca de mi vida cuando, de pronto, oí dos finas voces hablando muy bajito. Algo se movía abajo y entre los arbustos apareció la carita de la doncella mirando por los alrededores. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos. Contuve mi respiración mientras miraba hacia el suelo. Al poco rato apareció detrás de los árboles la *jardinera* en persona, tal y como la doncella me la había descrito el día anterior. Mi corazón casi reventó. Ocultaba su rostro tras una máscara y no paraba de buscar a su alrededor. Me pareció que no era tan bonita ni tan delgada. Por fin se acercó al peral quitándose la careta. ¡Era su excelencia, la señora mayor!

Recuperándome del susto, por un instante me alegré de encontrarme seguro allí arriba. ¡Por todos los santos!, ¿cómo viene aquí ahora, cuando está a punto de llegar a recoger sus flores la linda y preciosa dama? ¡Vaya lío! De la rabia que me entró estuve a punto de llorar.

Entretanto escuché decir a la *jardinera* disfrazada:

—Hace tantísimo calor allí arriba, en la sala, que deseaba refrescarme un poco al

aire libre —se abanicaba continuamente con la máscara, soplando. Desde lo alto podía distinguir perfectamente cómo se le hinchaban los tendones del cuello. Parecía enfadada y estaba roja como un tomate. Mientras, la doncella buscaba detrás de todos los arbustos como si hubiera perdido un alfiler.

—Necesito urgentemente flores frescas para mi disfraz —dijo de nuevo la *jardinera*—. ¿Dónde se habrá metido?

La doncella seguía buscando, riéndose para sus adentros.

—¿Decías algo, Rosette? —preguntó con tono mordaz.

—Digo lo que siempre he dicho —contestó la doncella con cara seria y cándida —, que el *aduanero* es y sigue siendo un granuja y que, seguramente, se habrá echado a dormir detrás de algún arbusto.

Cuando estaba a punto de bajar de un salto para salvar mi reputación, de repente llegaron desde el palacio sonidos de tambores, música y mucho ruido.

La *jardinera*, ya muy enfadada, exclamó:

—¡Están coreando vivas, vivas a nuestra excelencia, y nos van a echar de menos, así que vámonos! —Se puso su antifaz y, junto con la doncella, se fue derecha a palacio. Atrás quedaron los árboles y arbustos, cuyas ramas parecían dedos señalándolas. La luz de la luna pasó como un rayo por su ancha cintura, y de este modo hizo mutis, como si de una pieza teatral se tratara, bajo el ruido de trompetas y tambores.

Sin embargo, allí arriba en mi árbol no compendia lo que realmente acababa de ocurrir y empecé a fijarme un poco más en el palacio. En la escalera de la entrada se había formado un semicírculo de lucecitas que iluminaban todas las ventanas y se adentraban hasta el fondo de los jardines. Se trataba del servicio, que se disponía a dar una serenata a sus señorías. En medio se hallaba el portero, vestido como si fuera el ministro en persona, con un atril delante y tocando el fagot.

Cuando empezaba a acomodarme en mi sitio para escuchar la serenata, se abrieron las grandes puertas de los balcones. Salió un señor muy alto, guapo, con uniforme de gala adornado con muchas medallas, que llevaba de la mano a la joven y bella dama vestida totalmente de blanco, por lo que semejaba un lirio en la noche o el paso de la luna por el firmamento.

No podía apartar la vista de aquella escena; los jardines, árboles y campos se desvanecieron y sólo la veía a ella, alta y hermosa, iluminada por las antorchas, hablando animadamente con el oficial que tenía a su lado y saludando a los músicos. La gente parecía loca de alegría, y yo también me animé gritando con todas mis fuerzas «¡Viva, viva!».

Poco después entraron de nuevo, se apagaron las antorchas una por una, recogieron los atriles y poco a poco todo se quedó a oscuras y en un silencio únicamente roto por el susurro habitual de la noche. En ese instante me di cuenta de que era la tía quien realmente había solicitado mis flores y de que la bella dama en ningún momento había pensado en mí. Comprendí que ya estaba casada y que yo era

un gran imbécil.

Todo lo acontecido me sumió en un abismo. Como un erizo, me enrollé en las púas de mis propios pensamientos. La música proveniente de palacio se iba apagando, las nubes sobrevolaban lentamente los jardines oscuros, y permanecí toda la noche sentado en la copa de mi árbol como un búho, contemplando las ruinas de mi suerte.

La brisa fresca de la mañana me despertó por fin de mis sueños. Me quedé algo extrañado cuando miré a mi alrededor. Música y baile habían terminado hacía muchas horas, el palacio y sus jardines se hallaban en silencio, las grandes escaleras de piedra con sus columnas se habían quedado vacías y reinaba una calma total. Sólo se oía el suave murmullo de las fuentes y el despertar de los pájaros, que sacudían sus coloridas plumitas abriendo las pequeñas alas y mirando curiosamente a su extraño compañero de noche. Los primeros rayos de luz danzaban por el aire y rozaban mi pecho.

En ese momento me incorporé en mi árbol y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, miré a lo lejos. Entre los viñedos algunos barcos se deslizaban por el Danubio y las carreteras, aún vacías, se tendían por el paisaje como lejanos puentes que saltaban montañas y valles.

No sé cómo ocurrió, pero de pronto me invadieron nuevamente las ganas de viajar: toda la intensidad de la nostalgia, entremezclada de alegría y esperanza. Pensé un instante en la bella dama que ahora estaría durmiendo allá en palacio entre sábanas de seda con un ángel guardián a su lado.

—¡NO! —exclamé—. Tengo que marcharme de aquí. ¡Irme lo más lejos posible!

Cogí mi cesta y la tiré al aire —muy alto—, arrojando sobre el césped una preciosa lluvia de flores de todos los colores. Descendí rápidamente y me encaminé hacia mi casita. Me detuve en algunos sitios donde solía disfrutar de grandes momentos viéndola pasar o soñando con ella.

Dentro y fuera de mi casita todo estaba como lo había dejado el día anterior: el jardín destrozado y, en el interior, el libro de cuentas, todavía abierto encima de la mesa, y mi violín, del que casi no me había acordado, que colgaba de la pared cubierto de polvo. Un rayo de sol, que justo en ese momento bañaba sus cuerdas, provocó un sonido muy dentro de mi corazón. «¡Ven, instrumento querido, nuestra felicidad no pertenece a este mundo!».

Cogí mi violín, dejando atrás el libro de cuentas, la bata, las pantuflas, las pipas, el parasol y me fui, tan pobre como vine, por los caminos del país.

Cuantas veces eché la vista atrás, me sentí raro, triste y alegre al mismo tiempo, un poco como el pájaro que escapa de su jaula. Después de andar un buen rato, cogí mi violín y empecé a cantar:

Al buen Dios dejo que me guíe,
a Él, que cuida tierra y cielo,

ríos, alondras, bosques, campos,
todas mis cosas Le encomiendo.

El palacio, los jardines y las torres de Viena ya se habían desvanecido a mi espalda. En lo alto del cielo me acompañaban las alondras, y así proseguí mi marcha por las verdes montañas, atravesando alegres ciudades y pueblos camino de Italia.

CAPÍTULO TERCERO

¡P ERO QUÉ DILEMA! No se me había ocurrido que en realidad desconocía el camino correcto. A esas horas de la mañana, por los alrededores no había un alma a quien poder preguntar y, un poco más adelante, el camino se bifurcaba en otros que llevaban muy lejos, por encima de las montañas, como si quisieran salirse del mundo. Me mareaba tan sólo de pensarlo.

Por fin vi acercarse por la carretera a un campesino que, como era domingo, creí que se dirigía a la iglesia. Vestía una capa antigua con botones plateados y un bastón español con empuñadura de plata que brillaba a la luz del sol. Sin pensármelo, le pregunté con mucha cortesía:

—¿Podría decirme cuál de estos caminos conduce a Italia? —El campesino se paró, se quedó un rato muy pensativo y, con el labio inferior hacia fuera, me miró.

Volví a decirle:

—¡A Italia, donde crecen las naranjas!

—Pero bueno, ¡a mí qué me importan sus naranjas! —contestó el buen hombre, y se marchó.

Hubiera esperado de él más educación, ya que parecía un hombre de bien.

¿Qué podía hacer ahora? ¿Dar la vuelta y regresar a mi pueblo? La gente me señalaría con el dedo y los chicos harían corro para burlarse de mí. El portero de la nariz grande, poseedor de muchos conocimientos del mundo, siempre me decía:

—Querido señor aduanero, Italia es un país muy bello, donde el buen Dios se ocupa de todo... Te puedes echar una siesta al sol y las uvas te caen directamente en la boca, y cuando te pica una tarántula te pones a bailar como loco, como si no hubieras hecho otra cosa en la vida^[1].

—Pues sí, ¡a Italia, a Italia! —exclamé con entusiasmo, y me puse a correr por un camino sin pensar si era o no el correcto.

Después de recorrer un buen trecho, hallé a mi derecha un precioso arbolado que filtraba los destellos del sol de la mañana entre troncos y copas y donde el césped parecía de oro puro. Al no encontrarme con nadie, trepé por la valla, más bien bajita, me tumbé bajo un manzano y sentí todos mis huesos debido a mi acampada nocturna del día anterior encima de un árbol. A lo lejos podía divisar el paisaje; era domingo y

las campanas de la iglesia tañían lejanas. Vi cómo los campesinos, vestidos con sus trajes de domingo, atravesaban campos y caminos hacia la iglesia. Me sentí estupendamente escuchando el canto de los pajaritos y pensé en mi molino, en la bella dama, en lo lejos que quedaba todo aquello..., hasta que me quedé dormido.

Soñé con mi bella dama, que venía hacia mí desde los prados, casi volando, con largos velos blancos flotando en el aire, acompañada por el sonido de las campanas. Luego parecía que ya no estábamos en el extranjero, sino a la sombra de mi molino. Allí todo era silencio, como los domingos, cuando todo el mundo acude a la iglesia y sólo se oye a través de los árboles el sonido del órgano. Me dolía el corazón. La bella dama, no obstante, era buena y muy simpática, me cogía de la mano, paseábamos y, acompañada de una guitarra, cantaba aquella canción que yo escuchaba siempre bajo su ventana abierta. Contemplaba su imagen en el estanque, mil veces más hermosa, pero de extraños ojos, con una mirada tan fija que daba miedo. El molino empezó entonces a dar vueltas, con lentos golpes que cada vez se sucedían más deprisa, y el estanque oscureció. Encrespada, la bella dama se puso pálida, sus velos se estiraron más y más y revolotearon terriblemente como neblinas que ascendían con ella a lo más alto del cielo. Oí un silbido cada vez más fuerte, como si el portero tocara su fagot... hasta que me desperté con el corazón en un puño.

En realidad se había levantado un viento que soplaba suavemente entre las copas de los árboles. Pero lo que hacía tanto ruido no era ni el molino ni el portero, sino aquel campesino que poco antes no había querido indicarme el camino a Italia. Y no llevaba ropa de domingo, sino una camisa blanca.

—¿Qué? —preguntó mientras yo me restregaba los ojos—. ¿Quiere él acaso recoger aquí las *na-narenjas*? ¡En vez de ir a la iglesia, él, el holgazán ha aplastado mi bonito césped!

Me fastidió muchísimo que me despertase semejante patán. Me levanté de un salto y contesté:

—¡Me va a regañar usted a mí! ¡A mí, que he sido jardinero y aduanero y, si estuviéramos en la ciudad, hubiese tenido que descubrirse ante mí! ¡A mí, que tenía casa y una bata roja con lunares amarillos!

Pero a aquel tipejo no le interesó nada lo que dije y, con los brazos apoyados en los costados, se limitó a exclamar:

—¡Qué quiere usted! ¡Eh! ¡Eh!

Entonces me fijé en que se trataba en realidad de un tipo pequeño, regordote, de piernas curvadas, ojos saltones y una nariz roja y torcida, y que lo único que decía era «¡Eh! ¡Eh!», acercándose cada vez más a mí. Me dio muy mala espina, salté la valla apresuradamente y, sin mirar atrás, corrí a través de los campos a tal velocidad que el violín resonaba en mi costado.

Cuando por fin paré para tomar aliento ya no quedaba rastro del valle. Me hallaba en un precioso bosque. Pero no presté mucha atención porque era consciente del desagradable espectáculo que había vivido y de que aquel tipo siempre me llamaba

«él», y todavía estuve mucho rato maldiciéndolo. Sumido en tales pensamientos, anduve deprisa alejándome cada vez más y metiéndome completamente entre las montañas. El camino por donde avanzaba se terminó y sólo quedó un estrecho pasillo. Por los alrededores no se veía un alma ni se oía nada. No obstante, era muy agradable pasear por allí, entre el susurro de las altas copas de los árboles y el canto de los pájaros. Me encomendé a Dios, saqué mi violín e interpreté todas mis piezas favoritas para que su alegre sonido pudiera escucharse por todo el bosque.

Pero el tocar y caminar no duró mucho, porque tropezaba cada dos por tres con las raíces de los árboles que sobresalían por todas partes y, además, empecé a sentir hambre sin atisbar por ninguna parte el final del bosque. Así estuve vagando todo el día. El sol empezaba a esconderse cuando por fin llegué a otro pequeño valle rodeado de montañas. Había miles de flores rojas y amarillas sobre las que aún revoloteaban las últimas mariposas del día. Estaba todo tan solitario como si el mundo hubiera quedado a mil millas de distancia. Sólo se oía el chirrido de los grillos. En la otra orilla, un pastor tumbado entre las altas hierbas tocaba tan tristemente su dulzaina que me dolió en el corazón. «¡Quién pudiera vivir tan bien como ese holgazán! —pensé—. Cuando uno que se va al extranjero, como yo, siempre ha de estar atento a todo». Se interponía entre nosotros un pequeño riachuelo que no podía cruzar, así que lo llamé preguntándole por el pueblo más cercano. Pero no se molestó mucho, alzó un poco su cabeza, me señaló con su dulzaina en dirección hacia otro bosque y continuó tocando.

Pronto empezó a oscurecer, pero seguí andando. Cuando los últimos rayos del sol iluminaron el bosque, los pájaros callaron, todo quedó en silencio y el susurro de los árboles casi me dio miedo. Desde lejos oí ladridos de perro. Aceleré el paso, el bosque clareó más y más y, de pronto, me encontré en una plaza llena de niños alborotadores que jugaban alrededor de un gran tilo plantado en el centro. Al lado de la plaza algunos campesinos echaban partidas de cartas y fumaban sentados a una mesa delante de una taberna. En el otro extremo, ante otra puerta, conversaban sentados chicos y chicas; ellas con sus brazos cobijados del frescor de la noche bajo sus delantales.

No me lo pensé mucho y, mientras me acercaba desde el bosque, saqué mi violín y toqué algunos bailes tirolese.

Las chicas no ocultaron su asombro y las risas de los viejos llegaron hasta el bosque. Me acerqué al tilo de la plaza, me apoyé en él y seguí tocando. De pronto, los jóvenes comenzaron a cuchichear, los chicos dejaron sus pipas, cogieron a sus novias y, sin que me diera cuenta de nada, los encontré bailando a mi alrededor, con los perros ladrando como locos, las chaquetas volando al viento y los niños que me rodeaban mirando con mucha curiosidad cómo mis dedos recorrían el instrumento a toda velocidad.

Cuando terminé el primer vals me di cuenta de la fuerza con que puede levantar el ánimo la buena música. Los muchachos que se sentaban en los bancos con sus pipas

y gesto de aburrimento, habían cambiado totalmente: adornados con pañuelos en sus ojales rodearon a las chicas ejecutando unas cabriolas que daba gusto ver. Uno de ellos, que posiblemente se creía mejor que los demás, hurgó en los bolsillos de su chaqueta hasta encontrar una moneda de plata que intentó darme. Aunque no llevaba en mis bolsillos ni un penique, aquello me fastidió bastante y le dije que se guardara su moneda, que yo tocaba por gusto y alegría y que estaba contento de encontrarme de nuevo entre gente. Poco después acudió una muchacha guapísima con una copa de vino.

—A los músicos les gusta beber —dijo riéndose.

Sus dientes, blancos como perlas, brillaban entre sus labios rojos y me hubiera encantado besarla. Probó un poco del vino mientras me miraba por encima de la copa y, después, me la pasó. Bebí el vino de un trago y continué tocando con nuevos bríos, dejando que todos giraran a mi alrededor.

Los viejos dejaron pronto de jugar a las cartas, los jóvenes empezaron a cansarse y, poco a poco, todos se marcharon. Delante de la taberna la plaza se quedó vacía y, de repente, reinó el silencio. La muchacha que me trajo el vino también se fue; caminaba muy despacito hacia el pueblo y, de vez en cuando, se volvía como si hubiera perdido algo. Por fin se paró y buscó algo por el suelo, pero yo vi perfectamente que al inclinarse me miraba por debajo de su brazo. En palacio ya había aprendido bastante sobre modales, así que me acerqué rápido preguntándole:

—¿Ha perdido algo, preciosa señorita?

—Pues no —dijo, y se ruborizó—. Sólo era una rosa, ¿la quiere?

Le di las gracias y me puse la rosa en el ojal de la chaqueta. Se quedó mirándome y comentó:

—Toca de maravilla.

—Sí —contesté—. Tengo ese don de Dios.

—No hay muchos músicos por esta zona —empezó de nuevo la muchacha, balbuceando un poco y fijando sus ojos en el suelo—. Podría ganarse un buen dinero. Mi padre también toca algo el violín y le encanta que le cuenten cosas de sitios lejanos. Y mi padre es muy rico. —De repente se echó a reír y añadió—: Si no fuera porque usted cuando toca gira siempre la cabeza poniendo caras raras.

—Queridísima señorita —contesté—, en primer lugar no me hable siempre de usted, y en lo que respecta a mis movimientos de cabeza, es lo que acostumbramos a hacer los virtuosos.

—¡Ah!, bien —contestó ella y, cuando iba a decir algo más, se escuchó un tremendo ruido producido por la violenta apertura de la puerta de la taberna, por la que vi cómo salía casi volando un tipejo delgado y hecho polvo al que acaban de expulsar. Detrás de él la puerta se cerró de nuevo.

Nada más oír aquel estruendo, la muchacha salió disparada, corriendo como una gacela. El tipo se recompuso rápidamente delante de la puerta, se levantó y empezó a chillar hacia la taberna con tal furia que me quedé escuchándolo:

—¡Qué! ¡Borracho yo, y que no pago mis deudas! ¡Ya podéis borrar todas las rayas con mis deudas que habéis pintado en vuestra mugrienta puerta! ¡Borradlas! ¡Borradlas! ¡Ayer os he afeitado y depilado la nariz! ¡Y me habéis destrozado un cucharón! Así que afeitaros cuesta una raya, el cucharón otra, la tirita en la nariz otra más. ¿Cuántas malditas rayas más queréis que os pague, eh? Pero bien, de acuerdo, abandonaré el pueblo y a toda su maldita gente. Idos por ahí con vuestras barbas. ¡Me importa un bledo si el día del juicio el buen Dios no sabe si sois judíos o cristianos! ¡Podéis colgaros todos de vuestras propias barbas, osos mugrientos!

Dicho esto rompió a llorar y siguió murmurando entre dientes:

—¡Que beba agua yo, como si fuera un maldito pez! ¿Es eso lo que llamáis amar al prójimo? ¿Acaso no soy persona y un buen barbero? ¡Ahora estoy muy furioso, pero mi corazón es sensible y rebosa amor!

Tras pronunciar estas palabras empezó a alejarse poco a poco, mientras la casa continuaba en silencio. Al verme se me acercó con los brazos abiertos; creo que me quería abrazar. Así que me retiré, y él prosiguió su camino dando tropezones. Durante mucho tiempo se le oyó discutir en la oscuridad consigo mismo, a veces en alto, otras bajito.

Mi cabeza, sin embargo, le daba vueltas a otro asunto. La muchacha que antes me regaló la rosa era joven, muy bonita y rica —podría hacer fortuna casándome con ella—. Tendría corderos asados, cerdos, pavos y gansos rellenos de manzana. Sí, sí, ya me parecía ver al portero diciéndome:

—Tómalo muchacho, no te lo pienses. Quien tiene suerte se lleva la novia, se queda en casa y come a placer...

En mitad de tan filosóficos pensamientos, me senté sobre una piedra de la plaza, que se había quedado desierta. No me atreví a llamar a la taberna porque no tenía nada de dinero. Así que permanecí bajo el brillo de la luna, escuchando a lo lejos el susurro de los bosques procedente de las montañas. Una noche tranquila. Desde el pueblo, abajo, en el valle que parecía enterrado entre árboles y luz de luna, se oía a veces el ladrido de algún perro. Observé en el firmamento algunas nubes pasando a través del reflejo de la luna y alguna estrella que caía muy lejos. Pensé que esa misma luna también brillaba encima del molino de mi padre y del palacio. Allí seguro que todo estaba en calma, la dama durmiendo y las fuentes y los árboles susurrando como siempre. A nadie le importaba dónde estaba yo, si me había ido por ahí o si tal vez había muerto. De pronto, el mundo me pareció espantosamente grande. Me sentí tan pequeño que me entraron ganas de llorar desconsoladamente.

Mientras pensaba, sentí lejanos sonidos de herraduras procedentes del bosque. Contuve la respiración aguzando el oído; se acercaban cada vez más y pronto percibí el resoplar de los caballos. Dos jinetes se aproximaban desde debajo de los árboles, se detuvieron al borde del bosque conversando animadamente y, según pude distinguir por las sombras reflejadas en la plaza bañada por la luz de la luna, gesticulaban con brazos largos y sombríos.

En el pasado, cuando mi madre, que en paz descansa, me contaba cuentos de bosques salvajes y bandidos marciales, siempre deseaba vivir una historia real de bandoleros. ¡Ahora parecía que mis malditos deseos estaban a punto de cumplirse! El tilo donde había descansado me sirvió de escondrijo, me estiré todo lo que pude para alcanzar la primera rama y trepé rápidamente. Pero cuando aún estaba a medias, intentando izar mis piernas, uno de los dos jinetes se acercó a mí. Cerré los ojos y me quedé inmóvil.

—¿Quién anda ahí? —preguntó alguien justo detrás de mí.

—¡Nadie! —grité muerto de miedo, porque a pesar de mis esfuerzos había sido descubierto. En el fondo me daba risa imaginármelos revolviendo mis bolsillos, donde no había nada.

—¡Ay, ay! —exclamó el bandido—. ¿A quién pertenecen estas dos piernas que cuelgan por aquí?

Ya no pude mantener la postura.

—A nadie, a nadie —contesté—, son sólo un par de piernas de músico errante. — Y me deslicé hasta el suelo, porque me daba un poco de vergüenza la situación en que me hallaba.

El caballo del jinete reculó espantado hacia atrás cuando salté del árbol. Le propinó unas palmadas en el cuello y dijo riéndose:

—Pues nosotros también somos errantes, por lo que seremos buenos camaradas de viaje. Pensaba que nos podrías indicar el camino a B., pero no te preocupes.

Intenté decirles que yo no sabía dónde estaba B., que preguntaran mejor en la taberna, en donde les podrían llevar al pueblo. Pero el tipo no quiso entrar en razón y tranquilamente sacó de su cinturón una pistola que brillaba a la luz de luna.

—Mi querido amigo —dijo muy amistosamente mientras jugaba con el cañón de la pistola, limpiándolo y mirándolo detenidamente—, mi querido amigo, vas a ser tan amable de llevarnos tú mismo.

No esperaba tal reacción y me asusté. Si acertaba con el camino, seguro que me iba a encontrar con una cuadrilla de bandidos que me pegarían una paliza por no llevar dinero, si no también me pegarían. Así que no lo pensé más y tomé el primero que pasaba por la taberna, alejándonos del pueblo. El jinete regresó rápidamente junto a su compañero y ambos me siguieron a cierta distancia. De esta manera, íbamos a la buena de Dios, sólo acompañados por la claridad de la luna. Todo el camino discurría a través del bosque por la ladera de la montaña. Por encima de las copas de los abetos que dejábamos abajo a ratos veíamos los valles en total silencio. Únicamente se escuchaba un ruseñor que iba y venía, ladridos lejanos de perro y un río que corría enviando destellos de luz; aparte de eso, detrás de mí sólo percibía el monótono trote de los caballos y los movimientos de los jinetes que hablaban sin cesar en idioma extranjero. A través de la claridad de la luna, largas sombras de troncos de árboles volaban por encima de los jinetes, que por momentos me parecían negros, luego claros, pequeños, enormes. Mis pensamientos se enredaron como si

estuviera dentro de un sueño del que no me podía despertar. «Tiene que haber algún modo de salir de este bosque y de que se acabe la noche», pensé.

Por fin surgió del firmamento un resplandor rojizo, muy suave, como cuando se exhala sobre un espejo. Empezó a cantar una alondra y, con ese saludo matutino, mi corazón se liberó de la presión y todo el miedo desapareció de repente.

Los dos jinetes se incorporaron en sus monturas mirando en todas direcciones, como si tuvieran la sensación de no seguir el camino correcto. Les oí conversar animadamente y supe que hablaban de mí, e incluso me pareció que uno de ellos empezaba a tenerme miedo, como si yo fuera uno de esos bandoleros que intentara engañarles. Esa sensación me empezó a gustar y, conforme salíamos a un claro en el bosque, me sentí mucho más seguro de mí mismo. Miré ferozmente a todas partes, silbando con los dedos igual que los gamberros cuando se mandan señales.

De repente se escuchó un grito:

—¡Alto! —gritó uno de los jinetes, y me asusté.

Al darme la vuelta vi que habían desmontado y atado los caballos a un árbol. Uno de ellos se dirigió a mí a paso vivo. Me miró fijamente a la cara y después soltó una carcajada. Tengo que admitir que esa risa me molestó mucho. Pero él dijo:

—¡Pues es verdad, es el jardinero, quiero decir el aduanero de palacio!

Lo miré sorprendido, pero no pude reconocerlo. Recordar a todos los señoritos que iban y venían a palacio habría sido demasiado pedir. Mientras seguía riéndose, dijo:

—¡Qué suerte la nuestra! Veo que estás de vacaciones y nosotros necesitamos servicio, así que, si quieres seguir teniendo vacaciones, únete a nosotros.

Totalmente sorprendido contesté por fin que me dirigía a Italia.

—¿A Italia? —preguntó el forastero—. ¡Ahí es a donde vamos precisamente nosotros!

—¡Si es así, perfecto! —contesté, e invadido por una inmensa alegría saqué mi violín y empecé a tocar despertando a todos los pájaros del bosque. El señorito tomó al otro por la cintura y empezaron a dar vueltas como locos al son de la música.

De repente se pararon.

—¡Dios mío, ya veo la torre de la iglesia de B.! —exclamó uno de ellos—. Así que vámonos pronto. —Sacó el reloj de su bolsillo y lo miró repetidamente negando con la cabeza—. No puede ser —dijo—, es demasiado pronto, lo que podría acarreamos graves consecuencias.

Decidieron esperar. Sacaron un asado de carne, vino y bizcochos, pusieron sobre la hierba un gran mantel de precioso colorido, se sentaron y, muy alegres, empezaron a comer. A mí también me dieron de todo, lo que agradecí de corazón, ya que no ingería nada sustancioso desde hacía días.

—Y que lo sepas... —empezó uno de ellos—. ¿Seguro que no nos conoces? —negué con la cabeza—. Pues, que lo sepas, yo soy el maestro pintor Leonhard, y ese de allí también es pintor y se llama Guido.

Comenzó a amanecer y me fijé más detenidamente en los dos pintores. Uno de ellos, don Leonhard, era alto, delgado, moreno y tenía unos ojos alegres y muy vivos. El otro era más joven, más bajo de estatura, muy fino y vestía de un modo algo antiguo —así lo habría descrito por lo menos el portero de palacio—. Llevaba el blanco cuello rodeado por sus rizos morenos, que a veces intentaba retirarse de la cara. Cuando hubo desayunado lo suficiente, cogió mi violín, que permanecía en el suelo junto a mí, se sentó encima de un tronco y rasgó un poco con sus dedos. Entonces empezó a cantar con la voz clara de un pajarito, lo que estremeció mi corazón:

El primer rayo de sol brilla
por el calmo valle de niebla,
bosque y colina se despiertan:
¡quien tenga alas, que vuele!
Y su sombrero tira al aire,
entre gritos, el hombre alegre:
si el canto tiene, también, alas,
yo cantaré con alegría.

Los primeros rayos se deslizaban por su cara pálida y sus enamorados ojos negros. Pero yo estaba tan cansado que empecé a confundir las palabras y notas de su canto y me quedé profundamente dormido.

Cuando poco a poco volví en mí, aún escuchaba a mi lado, como en sueños, las voces de los dos pintores. Los pájaros cantaban en lo alto y la luz del sol penetró por mis ojos, aún cerrados, dándome la sensación de un claroscuro en mi interior, como cuando la luz del sol atraviesa unas cortinas de seda roja.

—*Come è bello!* —oí desde muy cerca. Abrí los ojos y vi al pintor joven inclinándose tanto sobre mí que no distinguía nada más que sus ojos negros entre los rizos de su pelo.

Me incorporé de un salto. Era completamente de día. Parecía que don Leonhard estaba un poco molesto y fruncía el ceño conminándonos a que partiéramos lo antes posible. El otro pintor sacudió sus rizos y canturreó una canción mientras ensillaba su caballo. Leonhard se echó a reír, cogió una botella que aún permanecía en el suelo y sirvió en copas lo que quedaba del vino.

—¡Brindo por que lleguemos con fortuna! —exclamó mientras las copas tintineaban, y después tiró lejos la botella, que centelleó a la luz del sol.

Montaron finalmente en sus caballos y marché a su lado con el ánimo renovado. Delante de nosotros se abría un valle hacia el que descendimos. Percibí los susurros del agua, el brillo del sol y todo el júbilo del ambiente que me hacía sentir como si volara hacia el valle.

CAPÍTULO CUARTO

— ¡ADIÓS MOLINO, PALACIO Y PORTERO!

Empecé realmente a volar. A izquierda y derecha, dejábamos atrás pueblos, ciudades, viñedos. Yo iba en lo alto de un carruaje, sentado en el pescante. Me había convertido en cochero. Por delante de mí tenía cuatro hermosos caballos con un bonito postillón y detrás, dentro del carruaje, viajaban los dos pintores.

Sucedió lo siguiente: cuando llegamos a B. nos recibió un señor alto, flacucho y un tanto huraño vestido con una chaqueta larga de frisa. Hizo mil reverencias ante los pintores y nos llevó al pueblo. Allí, debajo de altos tilos, al lado de la oficina de correos, tenía preparado un lujoso carruaje con cuatro caballos. Don Leonhard opinó que mi indumentaria no era adecuada y me proporcionó ropa nueva. Quería que me pusiera un bonito frac con chaleco, que me daba un aire distinguido. Lástima que me viniese bastante grande, demasiado largo y ancho. También me procuró un nuevo sombrero que brillaba al sol como si lo hubieran untado con mantequilla. Entonces el señor huraño cogió las riendas de los caballos, los dos pintores subieron al carruaje y yo salté al pescante. Cuando asomé por la ventana el maestro de postas, que aún llevaba puesto el gorro de dormir, nosotros ya estábamos volando, y con el sonido de la corneta del postillón nos dirigimos hacia Italia con fuerzas renovadas.

Mi vida era maravillosa allí arriba, en el pescante. Me sentía como un pájaro en el aire, pero sin necesidad de esforzarme en volar. No tenía nada más que hacer que permanecer sentado allí en lo alto y traer de vez en cuando algo de comida de las tabernas, ya que los pintores no entraban en sitio alguno, y de día siempre bajaban las cortinas, como si el sol pudiera matarlos. Don Guido sacaba de vez en cuando su bonita cabeza para conversar un rato conmigo; después siempre se reía de don Leonhard, porque a él no le gustaban esas conversaciones y se enfadaba cada vez que tenían lugar tan largos discursos. Un par de veces se molestó seriamente conmigo. La primera porque me puse a tocar el violín desde el pescante durante una clara noche estrellada, y la otra porque me dormí. Resultaba muy curioso: no me quería perder ni un detalle de Italia durante el camino y cada cuarto de hora abría mis ojos todo lo que podía. Pero al poco rato de mirar tan forzosamente, las dieciséis patas de los caballos se me enredaban de tal manera que no veía nada y al final caía en un sueño tan profundo que de ninguna manera era capaz de remediar. Ya fuera de día o de noche,

lloviera o hiciera sol, estuviéramos en Tirol o en Italia, me balanceaba tanto de un lado para otro, hacia atrás y hacia delante, que en uno de esos movimientos casi me caí al suelo y mi sombrero salió volando, asuntando a don Guido, que iba sentado dentro del carruaje.

Así viajé —no sé cómo pude— atravesando toda la Lombardía. Una tarde llegamos a una taberna del camino. Los caballos de refresco aún tardarían dos horas, así que los dos pintores se apearon y alquilaron una habitación para descansar y escribir algunas cartas. Entré alegremente al comedor para comer y beber cómodamente con toda tranquilidad. Ofrecía un aspecto muy descuidado. Las criadas llevaban el pelo desgreñado, con los pañuelos colgando desordenadamente de sus cuellos. Los otros sirvientes de la casa, vestidos con camisas azules de trabajo, cenaban sentados ante una mesa redonda y me miraron descaradamente. Todos llevaban trenzas gordas y cortas y por su aspecto casi parecían señoritos.

«Aquí estás —pensé mientras continuaba comiendo—, por fin has llegado al país de donde invariablemente procedían las gentes curiosas que visitaban a nuestro pastor, intentando venderle ratoneras, barómetros y cuadros. Hay que ver lo que aprende uno cuando deja el calor de su estufa para salir a ver mundo».

Comía y pensaba en mis cosas cuando, de repente, un hombrecillo que hasta ese momento había permanecido con su copa de vino sentado en un rincón, se levantó y se me acercó como una araña. Pequeño y chepudo, su cabeza era horrible, con una enorme nariz aguileña, rala barba roja y el pelo empolvado totalmente despeinado, como si un tornado hubiera pasado por él. Vestía un anticuado frac descolorido, calzas cortas de felpa y medias totalmente amarillentas. En alguna ocasión, según me contó, había visitado Alemania y parecía convencido de entender de maravilla el alemán. Sentado a mi lado me preguntó por esto y aquello mientras esnifaba rapé: que si yo era el *servitore* (sirviente), que cuando nosotros *arrivare*, que si nos dirigíamos a Roma. Pero yo ni sabía nada ni tampoco entendía su jerga.

—*Parlez-vous français?* —le pregunté no sin cierto temor.

Negó con su gran cabeza, lo que me agradó bastante porque yo tampoco hablaba francés. Pero no me salvé. Se había concentrado en mí, seguía y seguía preguntando, y cuanto más parlotéábamos menos nos entendíamos. Finalmente nos calentamos tanto que me pareció que el *signor* iba a atacarme con su nariz aguileña. Las criadas, que habían oído los discursos babilónicos, empezaron a reírse de nosotros. Por eso solté rápidamente cuchillo y tenedor y me marché. Me sentía tan extraño en ese país como si me hubiera hundido mil brazas en el mar con mi lengua alemana, y como si allí abajo me rodearan ni se sabe cuántas sabandijas que se enroscaban a mi alrededor, mirándome con ojos saltones y atrapándome.

Fuera, una cálida noche de verano invitaba a vagabundear. Desde los viñedos cercanos pude oír cantar a los viticultores, atisbé algún que otro rayo y todo se templó susurrante a la luz de la luna. A veces me pareció distinguir detrás de los avellanos una sombra espiando entre las ramas, después todo se quedó de nuevo en silencio.

Don Guido salió al balcón de la posada. No me vio y le escuché tocar una cítara que posiblemente había encontrado en la casa. Lo hacía muy bien y se puso a cantar como un ruiseñor:

Quando el tumulto humano cesa
se oye a la tierra como en sueños
susurrar con todos sus árboles.
El corazón no se da cuenta,
piensa en viejos y tristes tiempos;
dulces espasmos atraviesan,
como relámpagos, el pecho.

No sé si estuvo cantando mucho rato más, porque me tumbé en un banco ante la posada y estaba tan cansado que me quedé dormido.

Habrían pasado por lo menos un par de horas cuando me despertó la corneta del postillón, que hasta que logré recuperar la consciencia había sonado alegremente en mis sueños durante mucho tiempo. Por fin di un brinco. Allá en las montañas se veía ya el alba y el frescor de la mañana invadió todo mi cuerpo como un escalofrío. En ese momento me acordé de que ya deberíamos estar muy lejos. Ahora era a mí a quien le tocaba reírse de ellos por haberse dormido. Cuando me proponía despertarle, vi a don Guido asomando su cabecita de rizos... Me acerqué a la ventana de mis señores, me estiré una vez más y canté alegremente:

Quando se oye a la abubilla,
el amanecer no está lejos;
cuando el sol empieza a salir,
es cuando el sueño mejor sabe.

Las persianas estaban abiertas y arriba todo se encontraba en silencio. Sólo el viento de la noche soplaba entre las hojas de la parra que trepaba hasta la ventana.

—¡Qué significa esto! —grité extrañado, y entré en la posada, atravesando los pasillos hasta alcanzar la habitación de mis señores. Al abrir la puerta y ver todo vacío, mi corazón dio un vuelco: no estaban el frac, ni los sombreros, ni las botas. Sólo la cítara que don Guido había tocado el día anterior, colgada de la pared y, encima de la mesa, en medio de la habitación, encontré una bolsa llena de dinero con una nota. Me acerqué a la ventana para verla mejor y casi no pude creer lo que leía. Con letras grandes aparecía escrito: «Para el señor aduanero».

¿De qué me serviría todo aquel dinero si no podía encontrar de nuevo a mis alegres y muy queridos señoritos? Metí en el bolsillo de mi chaqueta el monedero, que cayó tirando de ella, dándose un batacazo como si lo hubiera arrojado a un pozo.

Salí corriendo, haciendo tanto ruido que desperté a todos los sirvientes y criadas de la casa. No entendían qué pretendía y creyeron que me había vuelto loco. Se extrañaron cuando vieron vacía la habitación. Nadie sabía nada de mis señores. Sólo una de las criadas —según pude deducir por sus gestos y señas— había oído la noche anterior gritar desde el balcón a don Guido, que desapareció inmediatamente después en el interior de su habitación. Al despertarse durante la noche, la criada había escuchado el trote de caballos y, al mirar por el ventanuco de su alcoba, contempló al *signor* jorobado que tanto charló conmigo el día antes, alejándose a lomos de un caballo blanco. Parecía un loco galopando campo a través, saltando sobre la silla. Mientras lo estaba contando se santiguaba porque, bajo la luz de la luna, el jinete semejaba a un fantasma montado en un caballo de tres patas.

Así que allí me encontraba yo, sin saber qué hacer.

Pese a todo, el carruaje que habíamos pedido tiempo atrás esperaba delante de la puerta, listo para partir, y el postillón tocó impaciente la corneta —parecía que iba a estallar—, deseoso de llegar puntual a la próxima posta. Lo llevaba todo calculado al minuto. Una vez más corrí por toda la casa llamando a los pintores, pero nadie contestó. La gente que deambulaba por allí me miraba extrañada, el postillón echaba pestes, los caballos, inquietos, resoplaban, y yo, todavía sorprendido, subí de un salto al carruaje. El criado cerró la puerta de un golpe, el cochero chasqueó el látigo y de nuevo partí a ver mundo.

CAPÍTULO QUINTO

CRUZÁBAMOS MONTAÑAS Y VALLES DÍA Y NOCHE. No me quedaba tiempo para pensar. Cuando llegamos a la siguiente posta, los caballos de refresco ya estaban listos. No podía entenderme con la gente, mis gestos no me servían de nada y muchas veces, mientras comía en las posadas, el postillón empezaba a tocar y me veía obligado a dejar cuchillo y tenedor para salir corriendo, sin saber a dónde ni porqué debía viajar a tanta velocidad.

Por lo demás, esta forma de vivir no me parecía nada mal. El interior del carruaje era tan cómodo como un canapé y podía ir tumbándome de un lado a otro. Conocí muchas personas y países. Al atravesar cada ciudad, me inclinaba por las ventanas del carruaje apoyado en mis brazos y daba las gracias a la gente que se descubría a mi paso. Saludaba a las muchachas de las ventanas como si fuera un viejo conocido, y ellas, un tanto extrañadas, me miraban con curiosidad durante mucho rato.

Pero llegó la hora de asustarme. En ningún momento del viaje se me había ocurrido contar el dinero que me habían dejado en el saquito. Y como los postillones y los posaderos siempre me cobraron mucho, sin darme cuenta me encontré con que el saquito estaba vacío. En un primer momento decidí saltar cuando íbamos a atravesar un bosque solitario, con la intención de escabullirme por allí. Pero me daba pena dejar abandonado tan maravilloso carruaje, con el que posiblemente habría llegado hasta el fin del mundo.

Mientras permanecía así sentado, muy pensativo aunque sin llegar a ninguna conclusión, noté que dejábamos la carretera principal. A gritos pregunté al postillón a dónde se dirigía, pero lo único que me contestaba invariablemente era:

—¡Sí, sí, *signore!* —y proseguía camino campo a través, zarandeándome de un rincón a otro del coche.

No me gustaba esa manera de llevarme porque el camino discurría por un paisaje precioso. Parecía que nos dirigiéramos directamente hacia el sol, sumergido en un mar de brillos y destellos, a punto de esconderse en la noche. Pero giró hacia otro lado, donde se veían feas montañas y grises cañadas en completa oscuridad. Cuanto más nos alejábamos, más agreste y solitario se volvía todo. Por fin la luna salió detrás de las nubes y su luz iluminó árboles y rocas, otorgándoles formas espeluznantes. Por el camino entre las cañadas íbamos muy despacio y el eco del monótono estrépito del

carruaje devuelto por las paredes de roca llenaba el silencio de la noche. Daba la sensación de que entrábamos en una inmensa cripta. Lejos, del fondo del bosque, llegaba el murmullo de las cascadas y los gritos incesantes de las lechuzas.

El cochero, que por cierto me di cuenta en ese momento de que no llevaba uniforme, y por tanto no era tal postillón, se dio la vuelta varias veces y, muy inquieto, aceleró. Miré al exterior y vi salir de entre los matorrales un jinete que cruzó a toda velocidad directamente delante de nuestros caballos, para perderse después al otro extremo del bosque. Totalmente desconcertado, me pareció reconocer al hombrecillo jorobado de la posada —el mismo que creí que me iba a atacar con su nariz aguileña— montado en su caballo blanco. El cochero meneó la cabeza, soltó una carcajada y se puso a hablar conmigo sin parar. Yo no entendía nada y él cada vez conducía más rápido.

Pronto distinguí a lo lejos una tenue luz y empecé a sentirme algo mejor. Poco a poco las luces se multiplicaron, haciéndose cada vez más grandes y brillantes y, finalmente, pasamos ante unas mugrientas cabañas que parecían colgar de las rocas como nidos de golondrinas. La noche era templada, todas las puertas estaban abiertas y podía distinguir en las estancias iluminadas gentes andrajosas, como sombras alrededor de los fogones. Nosotros continuamos montaña arriba por un camino de piedras. El desfiladero a veces aparecía totalmente cubierto por enormes árboles y arbustos colgantes, otras se podía ver todo el firmamento y debajo de nosotros bosques y extensos valles. La cima de la montaña estaba presidida por un gran castillo viejo con muchas almenas que brillaban bajo la luz de la luna.

—¡Dios dirá! —exclamé. Me sentí de nuevo vivo por dentro y lleno de curiosidad por saber cuál sería el destino final al que me llevaban.

Pasaría fácilmente más de media hora hasta que llegamos a las puertas del castillo. Dejamos a un lado una gran torre redonda, que por arriba parecía a punto de desplomarse en cualquier momento. El cochero chasqueó tres veces el látigo, que extendió su eco hasta muy dentro del castillo, y un grupo de grajillas emprendió el vuelo en desbandada desde todos los agujeros y rendijas, provocando un ruido espantoso. El carruaje se adentró finalmente por un largo y oscuro camino. Las herraduras de los caballos soltaban chispas al chocar contra los adoquines, ladró un perro, las grajillas continuaron chillando y así, provocando un tremendo estrépito entre los muros curvados del camino, llegamos al estrecho patio del castillo.

—¡Qué posta tan curiosa! —pensé cuando el coche se detuvo. La puerta del vehículo fue abierta desde el exterior, en donde aguardaba un viejo muy alto con una linterna, que me miró con ojos huraños bajo unas cejas muy pobladas. Me cogió por el brazo y me ayudó a bajar tratándome como a un gran señor. Fuera, delante de la puerta, esperaba una mujer muy vieja y fea, vestida de negro con delantal blanco y cofia también negra atada con una cinta que le llegaba hasta la nariz. A un costado le colgaba de su cintura un gran manojito de llaves, y al otro sujetaba un anticuado candelabro de dos velas. Cuando me vio, empezó a hacerme reverencias, parloteando

y preguntando sin cesar. Como siempre, no entendí nada y devolví las reverencias. Me sentía completamente confuso.

El viejo, mientras tanto, había iluminado todos los costados del carruaje y gruñó negando con la cabeza al no encontrar ninguna maleta u otro utensilio de viaje. El cochero, sin tan siquiera pedirme propina, condujo el coche hasta un cobertizo habilitado para ello. La vieja me pidió que la siguiera utilizando todo tipo de señas. Con sus dos velas me guió por un largo y estrechísimo pasillo, después subimos una escalera de piedra. Cuando pasamos ante la cocina, algunas criadas jóvenes sacaron sus cabezas por la puerta entornada y me miraron extrañadas, haciéndose señas entre ellas como si en su vida hubieran visto un hombre. Una vez arriba, la vieja abrió una puerta y me quedé atónito. Se trataba de una gran habitación preciosa y señorial. El techo estaba decorado con ornamentos dorados y de las paredes colgaban hermosos tapices con todo tipo de figuras y grandes flores. En el centro de la habitación vi una mesa puesta y mi corazón dio un vuelco de alegría: había asado, tarta, ensalada, fruta, vino y dulces. Entre las dos ventanas colgaba un enorme espejo que llegaba del techo al suelo.

Tengo que decir que todo esto me satisfizo mucho. Me estiré un par de veces e iba de un lado para otro a grandes pasos. No pude resistir mirarme por lo menos una vez en el gran espejo, y observé que la ropa nueva que me dejó don Leonhard me sentaba estupendamente. Además, desde que estaba en Italia, la mirada de mis ojos había adquirido cierta chispa. Por lo demás no había cambiado gran cosa, seguía siendo el mismo barbilampiño de cuando estaba en mi casa, con un poquito de vello en el labio superior.

La vieja, entretanto, movía su boca desdentada de tal forma que parecía morderse la punta de su larga nariz. Finalmente me obligó a sentarme, me acarició la barbilla con sus largos dedos, diciéndome *poverino* (pobrecito), me miró con ojos pícaros mientras su cara se convertía en una mueca y, dedicándome una gran reverencia, desapareció por la puerta.

Me estaba sentando a la mesa cuando entró a servirme una atractiva muchacha. Inicié alguna conversación galante, pero ella no me entendió. Se limitaba a mirarme de reojo admirando mi buen apetito. La comida estaba buenísima. Cuando no quise comer más y me levanté, ella cogió una lámpara de la mesa y me condujo a otra estancia. Allí había un sofá, un espejito y una enorme cama con cortinas verdes de seda. Mediante señas le pregunté si era para mí. Afirmó que «sí» con la cabeza, pero me pareció imposible porque ella se quedó allí clavada. Decidí volver de nuevo al comedor para servirme un gran vaso de vino. Le dije:

—*Felicissima notte!*— porque ya había aprendido un poco de italiano. Cuando me vio beber el vaso de un trago se echó a reír, se sonrojó y salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí.

«¿Dónde está la gracia? —pensé para mí algo extrañado—. Me parece que en Italia todos se han vuelto locos».

Por un momento sentí miedo al asaltarme la idea de que el postillón podía llamarme en cualquier momento. Escuché un rato desde la ventana, pero fuera todo seguía en silencio.

«¡Déjale que llame!», me dije. Me desvestí y me metí en aquella hermosa cama. Tenía la sensación de encontrarme en un lecho de rosas. Durante algún tiempo oí por la ventana el susurro del viejo tilo y el ruido de alguna grajilla emprendiendo el vuelo desde el tejado, hasta que me quedé plácidamente dormido.

CAPÍTULO SEXTO

CUANDO ME DESPERTÉ, los primeros rayos de sol jugaban ya entre las cortinas verdes. No sabía muy bien dónde estaba. Me dio la sensación de que me hallaba aún dentro del carruaje, donde había soñado con un castillo bajo la luz de la luna, con una vieja bruja y su pálida hijita.

Salté rápidamente de la cama, me vestí e inspeccioné un poco la habitación. Detrás de un tapiz descubrí una puertecilla que me había pasado inadvertida. Sólo estaba entornada y la abrí. Detrás encontré una pequeña alcoba que la luz del alba hacía muy acogedora. Encima de la silla colgaba ropa de mujer y al lado, en la cama, dormía la muchacha que me sirvió la mesa la noche pasada. Dormía plácidamente, con la cabeza apoyada en su blanco brazo sobre el que caían sus negros rizos. «¡Si hubiera sabido que la puerta estaba abierta!», pensé, y regresé a mi dormitorio cerrándola bien y echando el cerrojo para que al despertarse no se asustara ni le diera vergüenza.

Fuera todo continuaba en calma. Sólo un pajarillo del bosque descansaba en un arbusto ante mi ventana, alegrándome con su canción mañanera.

—No, no —me dirigí hacia él—. ¡Tú no debes avergonzarme a estas horas alabando a Dios con tanto ímpetu!

Cogí rápidamente mi violín, que el día anterior había dejado encima de la mesilla, y me encaminé afuera. En el castillo aún reinaba un silencio sepulcral y me costó algún esfuerzo salir al exterior por los oscuros pasillos.

Cuando por fin encontré la salida accedí a un extenso jardín en forma de terrazas que llegaba hasta la mitad de la montaña. Pero ¡vaya jardín más descuidado! Los caminitos estaban llenos de hierba muy crecida, las figuras artificiales de boj, sin cortar, más que otra cosa parecían fantasmas, con enormes narices y larguísimos gorros, que en la oscuridad seguro que causarían mucho miedo. En algunas estatuas de una fuente seca colgaba ropa, en mitad del jardín habían plantado coles y, en medio de ellas, algunas feas flores. En fin, una mezcolanza repleta de malas hierbas que cobijaban a un montón de lagartijas. Entre los viejos árboles sólo se divisaban cimas de montañas, una tras otra.

Después de pasear un rato en esta especie de selva, vi en una de las terrazas de más abajo a un chico joven. Llevaba un abrigo largo con capucha, los brazos

cruzados por delante y caminaba arriba y abajo. Fingió no verme, se sentó en un banco de piedra, sacó un libro y empezó a leer en voz alta como si pronunciara un sermón, mirando de vez en cuando al cielo para después apoyar melancólicamente la cabeza en su mano derecha. Lo observé largo rato, hasta que la curiosidad pudo conmigo y me acerqué. Acababa de lanzar un suspiro y cuando advirtió mi presencia se levantó asustado. Parecía muy avergonzado, igual que yo, porque ninguno de los dos sabíamos qué decir y hacíamos una reverenda tras otra, hasta que se largó corriendo a través de los arbustos. El sol ya había salido, subí de un salto al banco y empecé a tocar mi violín con tanto brío que se oyó por todo el valle. Mientras, la vieja del manojo de llaves me había estado buscando por el castillo para servirme el desayuno. Apareció en la terraza justo encima de mí y se quedó algo extrañada al verme tocar con tanto brío. El anciano huraño también se acercó, después las criadas, y todos me miraban con admiración mientras yo daba todo lo que podía, dejando bailar mis dedos, interpretando pasajes y variaciones hasta que me cansé.

Algo raro ocurría en el castillo. Nadie parecía tener la intención de seguir viajando. El castillo, por supuesto, no era una posada, sino que pertenecía a un rico conde, según me contó una de las criadas. Algunas veces pregunté a la vieja cómo se llamaba el conde y dónde vivía. Pero se limitaba a sonreírme, igual que la primera noche que llegué, y me hacía unos guiños tan raros con los ojos que parecía algo trastornada. Si en alguna ocasión, en una jornada calurosa, me bebía una botella entera de vino, las criadas se reían al traerme la segunda, pero el día que pedí tabaco estallaron en carcajadas. No obstante, lo más curioso era la música nocturna que, siempre en las noches muy oscuras, pude percibir justo debajo de mi ventana. Alguien tocaba de vez en cuando algún acorde suelto de guitarra, y siempre muy bajito. Una vez creí haber oído «¡pss, pss!». Salté rápidamente de mi cama mirando por la ventana y grité:

—¡Hola! ¿Quién anda ahí abajo? —pero no me contestó nadie. Sólo escuché alejarse a alguien entre los matorrales. El perro se despertó y ladró un par de veces. Después todo quedó de nuevo en silencio y nunca más escuché la música nocturna.

Mi vida allí era como un sueño. Pensé en el portero de palacio. El buen hombre sabía lo que decía cuando me contó aquello de que en Italia «caían longanizas del cielo». En aquel castillo solitario vivía como un príncipe encantado. Fuese donde fuese, la gente me saludaba con gran veneración, aunque todo el mundo era consciente de que no llevaba un céntimo en el bolsillo. Lo único que tenía que decir era: «*Tischlein deck dich*», y ya me traían de todo: comida succulenta, arroces, vino, melones, queso parmesano. Disfruté de la comida, dormí en la gran cama con dosel, toqué mi música y en alguna ocasión ayudé con la jardinería. Muchas veces me pasé las horas en el jardín entre la hierba crecida. El muchacho delgado —que por cierto era alumno y familia de la vieja y pasaba allí sus vacaciones— paseaba en grandes círculos a mi alrededor con su largo abrigo, susurrando textos de su libro como si se tratara de un brujo, por lo cual, cada vez que lo oía, me adormilaba.

Y así transcurrió un día tras otro, hasta que finalmente, de tanto comer y dormir, me puse tremendamente melancólico. De tanto holgazanear empezaron a dolerme todas las articulaciones y sentía que iba a desintegrarme de un momento a otro.

Una tarde bochornosa la pasé en lo alto de un árbol de la ladera de la montaña, balanceándome en las ramas por encima del gran valle. Las abejas zumbaban a mi alrededor entre las hojas. Todo lo demás estaba como muerto. No se veía un alma. Muy abajo, en el valle, las vacas descansaban en la hierba. Desde lejos oía la corneta de un postillón, a veces muy bajita y lejana, otras mucho más cerca y clara. Me acordé de una vieja canción que aprendí de un compañero de oficio cuando aún vivía en el molino de mi padre, y empecé a cantar:

Quien quiera irse al extranjero
que lo haga con su bienamada:
si los de dentro están de fiesta
al de fuera lo dejan solo.
Qué sabréis, árboles oscuros,
de los buenos tiempos pasados.
¡Ay, mi hogar, detrás de esas cumbres,
qué lejos está desde aquí!

Me gusta mirar las estrellas
que brillaban cuando iba a verla,
me gusta oír al ruiseñor que cantaba junto a su puerta.
¡Qué contento estoy cuando, al alba,
escalo en silencio una cumbre
muy alta! ¡Salud, Alemania,
desde el fondo del corazón!

Me daba la sensación de que la corneta deseaba acompañar mi canto, porque se la oía cada vez más cerca, hasta que su sonido llegó desde arriba del patio del castillo. Salté del árbol. En aquel instante vi acercarse a la vieja desde el castillo con un paquete abierto en la mano.

—¡Ha llegado algo para usted! —dijo, y sacó del paquete una diminuta cartita sin remite ninguno.

La abrí apresuradamente y en ese momento me puse rojo como un tomate y el corazón me latió tan fuerte que la vieja se dio cuenta de ello. La cartita era de mi bella dama, porque donde el funcionario había visto muchas veces su letra. Escribía brevemente: «Todo está en orden nuevamente, todos los obstáculos salvados. Aprovecho en secreto esta oportunidad para ser la primera en darle esta grata noticia. Corra usted y vuelva. Es todo tan aburrido aquí que desde que se marchó apenas puedo vivir. AURELIE».

No daba crédito a lo que veían mis ojos. Me brotaron las lágrimas por la sorpresa, el susto y la inmensa alegría. Sentí vergüenza delante de la vieja que me miraba descaradamente, así que corrí como una flecha hasta el último rincón del jardín, donde me escondí bajo un avellano para releer la carta una y otra vez. Los rayos del sol bailaban a través de las hojas y las letras se iban pareciendo a flores entrelazándose con mil colores. «¿A lo mejor no estaba casada —pensé— y el oficial que había a su lado era quizás su hermano? ¿O tal vez haya muerto? ¿O yo estaba loco? ¿O...? ¡Qué más da! —me dije levantándome de un salto—. Ahora está claro. ¡Me ama, sí, me ama!».

Cuando salí de mi escondite el sol estaba poniéndose. Era un precioso atardecer, con el cielo teñido de rojo, el valle aún iluminado y los pájaros interpretando en los bosques sus últimas canciones del día. ¡Pero dentro de mi corazón había mil veces más hermosura y alegría!

Avisé en el castillo de que cenaría en el jardín. La vieja, el hombre gruñón y todas las criadas debían sentarse afuera conmigo, a la mesa puesta debajo del árbol. Saqué mi violín y, entre bocado y bocado, toqué mi música. Todos empezaron a alegrarse, al anciano se le estiraron las arrugas de la cara, la vieja no dejaba de charlar sobre Dios sabe qué cosas y las criadas empezaron a bailar unas con otras. Finalmente, también se acercó el pálido estudiante que, al ver el espectáculo, se dispuso a marcharse enseguida. Pero yo, ni corto ni perezoso, le cogí de la manga y empecé a dar vueltas con él. Al bailar hizo tamaño esfuerzo por resultar gracioso y moderno que el sudor le caía por la cara, y la especie de abrigo que llevaba daba tantas vueltas a nuestro alrededor que parecía una rueda. Me miraba con mucha curiosidad y, cuando me di cuenta de que sus ojos casi se quedaban en blanco, empecé a inquietarme y lo solté.

A la vieja le hubiera encantado saber lo que ponía en la cartita y la causa de que hoy, de repente, yo estuviera tan alegre. Pero explicárselo hubiera resultado demasiado complicado. Así que le señalé unas grullas que en ese mismo instante volaban en lo alto del cielo y le dije que debía marcharme igual que ellas, lejos, muy lejos. Abrió los ojos mirando como un basilisco, primero a mí y después al viejo. Me di cuenta de que los dos ancianos cuchicheaban a mis espaldas y me miraban de reojo.

Aquello me llamó mucho la atención. Intenté averiguar sus intenciones, pero poco a poco me fui calmando. El sol ya se había puesto. Di las buenas noches a todos y me marché a mi dormitorio muy pensativo.

Me sentía muy alegre e inquieto a la vez y permanecí largo rato en mi habitación, yendo de arriba abajo. Afuera, el viento empujaba pesadas nubes negras por encima de la torre del castillo. Ya casi no se divisaban los picos de las montañas entre aquella pesada oscuridad. De pronto me llegaron voces desde abajo, de los jardines. Apagué las luces y me acerqué a la ventana. Las voces estaban cada vez más próximas, pero se oían muy bajito. Inesperadamente, surgió un largo resplandor proveniente de una linterna que alguien ocultaba bajo de un abrigo. Pude reconocer al anciano

administrador gruñón del castillo y a la vieja ama de llaves. La luz recorrió la cara de la vieja, que nunca me había parecido tan horrible, e iluminó un cuchillo que llevaba en la mano. Pude ver que los dos miraron hacia arriba en dirección a mi ventana. En ese momento el viejo recogió su ancho abrigo y todo se sumió nuevamente en la oscuridad.

«¿Qué diablos hacían a estas horas esos dos en el jardín?» —pensé. Estaba horrorizado y me vinieron a la cabeza todas las historias de asesinatos que había oído a lo largo de mi vida: brujas malvadas, bandidos que mataban a la gente para comerse sus corazones... Mientras estaba sumido en tales pensamientos sentí unos pasos que subían por las escaleras, recorriendo el largo pasillo en dirección a mi puerta y acompañados por voces susurrantes. De un salto me lancé al otro extremo de la habitación, poniéndome detrás de la gran mesa que, en caso de peligro, creía poder levantar para girarla con gran esfuerzo hacia la puerta. Pero en la oscuridad tiré una silla provocando un terrible estruendo. En ese momento todo se quedó en silencio. Todavía permanecí un tiempo detrás de la mesa, escuchando y vigilando la puerta como si la quisiera atravesar con mis ojos, que casi saltaron de sus órbitas. Después de un buen rato en completo silencio, en el que casi podía oírse una mosca caminando por la pared, noté cómo alguien metía una llave en el cerrojo. Me disponía a correr la mesa hacia la puerta, cuando dieron lentamente tres vueltas con la llave, la sacaron con cuidado y los pasos se alejaron de nuevo.

Respiré muy hondo. «¡Ah! —pensé—, esos te han encerrado para tenerlo más fácil cuando estés dormido». Comprobé rápidamente la puerta. Era cierto. Estaba cerrada. También lo estaba la otra tras la que dormía la criada, lo que no había ocurrido ni un solo día durante mi estancia en el castillo.

Así que, ahí estaba yo, en un país extranjero y encerrado. Desde su ventana, mi bella dama seguramente ya miraba hacia el jardín y la carretera para comprobar si me acercaba con mi violín. Las nubes volaban por el horizonte, el tiempo pasaba, ¡y yo no podía salir de allí! Me sentí terriblemente desgraciado y no supe qué hacer. Además, tenía mucho miedo. Al oír el susurro de las hojas, o el paso de algún ratón, sentía como si la vieja se aproximara a través de alguna puerta escondida o me parecía que caminaba por la habitación con el cuchillo en la mano.

Sentado en mi cama preso de una gran preocupación, escuché de pronto bajo de mi ventana la misma música nocturna de antes. El primer acorde de la guitarra me recordó a un rayo de sol matutino que atravesaba mi alma. Abrí la ventana de un golpe y llamé bajito para confirmar que estaba despierto.

—¡Pss! ¡Pss! —eso fue lo que me contestaron desde abajo.

No lo pensé dos veces, cogí la cartita, mi violín y bajé por el viejo muro, agarrándome a las ramas y los hierbajos que brotaban entre las piedras. Pero algunas tejas se soltaron y resbalé, cada vez a mayor velocidad, hasta que di directamente con mis pies en el suelo, con tanta fuerza que sentí cómo el cerebro se me agitaba dentro de la cabeza.

Apenas llegué abajo alguien me abrazó con tal vehemencia que del susto que me dio lancé un grito. Pero el buen amigo me tapó la boca, me cogió de la mano y me condujo hacia afuera a través de los matorrales. Entonces reconocí con cierto estupor al buen estudiante, que llevaba la guitarra colgada al hombro con una ancha bandolera de seda.

Intenté indicarle lo más rápidamente que pude que mi intención era salir del jardín. Pero parecía que ya lo sabía y, dando rodeos por caminos techados, me guió hasta la entrada de abajo. Pero la puerta del alto muro estaba cerrada. El estudiante ya lo había previsto, sacó una llave y abrió con sigilo.

Una vez en el bosque le pregunté por el mejor camino para llegar hasta la ciudad más próxima, pero en ese instante se arrodilló delante de mí, alzó la mano y empezó a maldecir y a jurar, lo que resultaba terrible de escuchar. No sabía lo que quería, lo único que oía era: «*Idio y cuore, amore y furore*», y cuando empezó a acercarse más, arrastrándose de rodillas, me invadió el pánico al percatarme de que estaba loco, por lo que eché a correr y a correr hacia el bosque sin mirar atrás.

A mi espalda oía chillar al estudiante enfurecido. Poco después llamó desde el castillo otra voz grave. Me imaginé que estarían buscándome. No conocía el camino, la noche era muy oscura y podía volver a caer fácilmente en sus manos. Sin pensarlo más, trepé a la copa de un abeto, esperando ocasión más favorable.

Desde allí arriba advertí por las voces cómo se iban despertando uno tras otro. Pude divisar en lo alto algunos farolillos que arrojaban sus luces rojizas sobre los viejos muros del castillo hasta perderse en la oscuridad de la noche, allá por las montañas. Encomendé mi alma al buen Dios, porque el jaleo era cada vez más fuerte y se acercaba más y más. El estudiante ya estaba junto a mi árbol con una antorcha y pasó de largo tan deprisa que los faldones de su abrigo volaron al viento. Me pareció entonces que todos se dirigían al otro extremo de la montaña y las voces se perdieron poco a poco en la lejanía. De nuevo se oía el susurro del viento en el bosque. Salté rápidamente del árbol y corrí todo lo que pude, envuelto por la oscuridad, casi sin aliento, valle abajo.

CAPÍTULO SÉPTIMO

NO PARÉ DE CORRER día y noche, sin que mis oídos dejaran de escucharlos desde la montaña como si todavía me persiguieran. Me llamaban provistos de antorchas y armados con largos cuchillos. Por el camino alguien me dijo que sólo faltaban unas pocas millas para llegar a Roma. Me asusté, aunque fue de alegría. De niño había oído historias maravillosas sobre Roma. Los domingos por la tarde, mientras descansaba ante el molino tumbado en la hierba, solía soñar con Roma. Me la imaginaba igual que hacía con las formas de las nubes cuando pasaban por el cielo: raras montañas, precipicios hacia el mar azul, portales de oro y altas y brillantes torres desde donde cantaban los ángeles, envueltos en doradas vestiduras.

Se había hecho de noche hacía horas y la luna brillaba como nunca. Por fin, a la salida del bosque llegué a una colina: a lo lejos el mar fosforescente, el cielo resplandeciendo con miles de estrellas y, bajo mis pies, la Ciudad Santa, de la que sólo se percibía un velo de niebla, como si fuera un león dormido, y las montañas circundantes que parecían gigantes custodiando la ciudad.

Alcancé un gran brezal solitario, completamente gris y tan tranquilo como una tumba. Sólo de vez en cuando aparecía una vieja ruina, un arbusto seco con forma curiosa, algún que otro pájaro nocturno volando por el aire y mi propia sombra larga y oscura, que en mi soledad me perseguía a todas partes. Dicen que aquí está enterrada una ciudad vieja y que la diosa Venus y los paganos salen de sus tumbas merodeando por los brezales para confundir a los caminantes. Pero yo seguí todo recto sin entretenerme. La ciudad se divisaba cada vez más clara y hermosa y los altos portales y castillos, de cúpulas doradas, brillaban con tal intensidad que realmente parecían ángeles de vestimentas doradas cantando en las almenas.

Después de pasar ante unas casitas y atravesar una hermosísima puerta enorme, entré en la famosa ciudad de Roma. La luz de la luna iluminaba los palacios como si fuera de día, pero las calles estaban vacías y sólo se advertía algún que otro hombre andrajoso durmiendo en escalones de mármol. Oía el murmullo de las fuentes en las plazas y el susurro de los jardines que bordeaban la calle llenando el aire de suave perfume.

Muy contento, seguí deambulando sin saber adónde dirigirme entre tanta maravilla y aire perfumado, hasta que en la profundidad de un jardín escuché una

guitarra.

«¡Dios mío! —pensé—. ¡Me ha seguido el estudiante del abrigo largo!». Pero al rato comencé a distinguir la hermosa voz de una dama. Quedé paralizado. ¡Era la voz de mi bella dama, cantando la misma canción italiana que interpretaba en la ventana de su casa!

Me acordé de los viejos tiempos con tanta intensidad que el corazón me oprimía y me faltó poco para romper a llorar: rememoré aquella hermosa mañana en el jardín del palacio donde la escuché detrás de un arbusto hasta que una estúpida mosca se me metió en la nariz y me delató. No pude contenerme más tiempo. Subí por la puerta enrejada aprovechándome de los ornamentos dorados y de un salto me hallé al otro lado, en el jardín de donde provenía el canto. Percibí una delgada figura vestida de blanco que, detrás de un chopo, me observaba trepar por las rejas algo extrañada, pero de pronto echó a correr sin detenerse por el oscuro jardín hacia la casa.

—¡Es ella! —exclamé, y mi corazón dio un vuelco al reconocerla por sus rápidos pies pequeños. Debido a que al saltar la valla me había torcido el pie derecho, tardé un poquito en ponerme en marcha para seguirla hasta la casa. Las puertas y ventanas ya estaban cerradas a cal y canto. Llamé dando un tímido golpe, escuché y volví a llamar de nuevo. Me pareció oír risitas y cuchicheos. Incluso creí haber atisbado a la luz de la luna un par de ojos entre las persianas. Pero nuevamente reinaba el silencio.

«Se ve que ella no me ha reconocido», pensé. Saqué mi violín, que siempre me acompaña a todas partes, paseé delante de la casa tocando y cantando la canción de la bella dama y después continué con el repertorio completo que durante las noches de verano había interpretado allá en los jardines de palacio o en el banquito de mi casita de aduanero. Todo resultó inútil. La casa seguía en completo silencio. Guardé mi violín y me tumbé a la puerta, muerto de cansancio tras haber marchado un día entero. La noche era cálida, las flores plantadas delante de la casa perfumaban el aire y el susurro de una fuente en el jardín acompañó mis pensamientos, que discurrieron en torno a bellas flores azul celeste, verdes valles solitarios donde susurraban manantiales, riachuelos y pájaros cantores... hasta que caí en el más profundo de los sueños.

Al despertarme por la mañana sentí un escalofrío debido al aire fresquito que envolvía todo mi cuerpo. Los pájaros hacía tiempo que habían iniciado sus trinos y aún se oía el murmullo de la fuente del jardín, pero la casa permanecía silenciosa. A través de las persianas verdes miré dentro de una habitación. Vi un sofá, una gran mesa redonda cubierta con tela, sillas alineadas ordenadamente a lo largo de las paredes, las ventanas cerradas y las persianas echadas, lo que daba la sensación de que durante muchos años la casa había estado deshabitada. Me invadió cierto temor respecto a aquella residencia solitaria, su jardín y la blanca figura del día anterior. Sin mirar más corrí por los senderos emparrados para trepar de nuevo por la puerta enrejada. Pero me quedé sentado en lo alto de la reja, totalmente hechizado, porque delante de mí, bajo el sol matutino, apareció en todo su resplandor la maravillosa

ciudad. Por encima de los tejados la vista llegaba muy lejos, hasta las calles largas y aún silenciosas. Lancé un grito de júbilo, di un brinco y me planté al otro lado, en la calle.

¿Hacia dónde encaminar mis pasos en esa extraña gran ciudad? Mi cabeza aún daba vueltas a lo ocurrido durante la noche anterior: la bella dama, su canción... Me senté en la fuente de piedra del centro de la plaza y, mientras canturreaba, me lavé la cara con agua clara:

Si yo fuera ese pajarito,
bien sabría de qué cantar,
y si dos alas poseyera,
¡bien sabría adónde volar!

—¡Ay, alegre camarada, cantas como una alondra al alba! —dijo de repente un hombre joven que se había acercado a la fuente mientras yo interpretaba mi canción. El hecho de oír hablar en alemán sonó en mi corazón como las campanas de mi pueblo en una mañana de domingo.

—¡Santo Dios! ¡Buenos días, querido paisano! —exclamé bajando de la fuente de un salto. El joven caballero sonreía contemplándome de arriba abajo.

—¿Pero qué hacéis aquí en Roma? —preguntó al fin. No sabía qué contestar, porque no deseaba confesarle que andaba detrás de su excelencia, la bella dama.

—Estoy deambulando por aquí para ver un poco de mundo —contesté.

—¡Ah, sí! —dijo el joven caballero riéndose a carcajadas—. ¡Vaya oficio que tenemos! ¡Eso mismo estoy haciendo yo, ver el mundo para después pintarlo!

—¡Así que es pintor! —exclamé con alegría, acordándome de mis señoritos Leonhard y Guido. Pero no me dejó añadir nada más.

—¡Creo que deberías venirte a desayunar conmigo y después te pintaré un retrato para divertirnos un rato! —me propuso.

Me pareció estupendo y empecé a caminar junto al pintor por las calles todavía vacías, en las que de vez en cuando subían alguna persiana por la que asomaba un brazo blanco y una carita aún muy dormida que respiraba el fresco aire matutino.

Durante largo rato me condujo de un lado a otro, atravesando callejones estrechos y oscuros, hasta que por fin nos metimos en una casa bastante ennegrecida por el humo. Subimos una angosta escalera, después otra y otra como si ascendiéramos al cielo. Nos detuvimos bajo la azotea. El pintor buscaba apresuradamente la llave por sus bolsillos, hasta que se dio cuenta de que se la había dejado dentro, porque había salido muy temprano, sin darse cuenta de cerrar la puerta, para ver la ciudad al amanecer. Meneó la cabeza y abrió de un puntapié.

La estancia era grande y muy alargada. Podría haberse celebrado en ella un baile, de no ser por todos los trastos esparcidos por el suelo: un batiburrillo de botas, papeles, ropa, botes de pintura tirados aquí y allá; en medio de la habitación había

grandes caballetes y de todas las paredes colgaban enormes cuadros. Encima de una larga mesa de madera, en un cuenco con algunas manchas de pintura, guardaba pan, mantequilla y, enfrente, una botella de vino.

—Así pues, ¡come y bebe, paisano! —me animó el pintor.

Quise untar el pan con mantequilla, pero no encontré cuchillo. Estuvimos buscando un buen rato debajo de papeles y paquetes, hasta que por fin apareció uno. Después abrió la ventana para que entrara el aire fresco de la mañana.

—¡Qué vista más hermosa! —Se veía toda la ciudad hasta las montañas, donde el sol iluminaba las casas blancas y los viñedos.

—¡Que viva nuestra verde Alemania allí detrás de las montañas! —exclamó el pintor mientras bebía vino de la botella que después me pasó a mí.

Asentí cortésmente y, muy dentro de mi corazón, mandé miles de saludos a mi lejana patria.

El pintor aprovechó para acercarse a la ventana uno de los caballetes de madera, donde había fijado una hoja de papel. En ella sólo se veía una cabaña vieja dibujada con trazos negros un tanto artificiosos. Dentro de esa cabaña estaba sentada la Virgen María, con cara bonita y alegre, aunque su aspecto resultaba algo triste. A sus pies reposaba el niño Jesús en una camita de paja, mirando con ojos grandes y serios, y en la entrada se arrodillaban dos pastorcillos que llevaban bastones y bolsas.

—¡Ves! —dijo el pintor—. A uno de estos dos le voy a pintar tu cabeza, y así la verá mucha gente y, si Dios quiere, seguirá alegrando a multitud de personas cuando nosotros hayamos muerto y estemos ante la madre de Dios como estos dos alegres pastorcillos.

Al coger del suelo una vieja silla se quedó con medio respaldo en la mano, pero lo ajustó de nuevo, la colocó delante del caballete y me hizo sentar en ella y girar mi cabeza hacia él. Estuve sentado sin moverme durante un buen rato. Pero el cuerpo me empezaba a picar por todas partes y no pude permanecer inmóvil durante más tiempo. En la pared de enfrente colgaba un espejo medio roto. Me llamó tanto la atención que mientras él pintaba me puse a hacer todo tipo de muecas ante el espejo. El pintor, que no tardó en advertirlo, empezó a reírse y me indicó con la mano que me levantara. Ya había terminado de ponerle mi cara al pastorcillo y el parecido me gustó muchísimo.

Aprovechando el frescor de la mañana, siguió pintando mientras canturreaba una canción y, de vez en cuando, se asomaba a mirar por la ventana. Me preparé otro bocadillo de mantequilla y, al tiempo que me lo comía, recorrí la estancia contemplando los cuadros colgados de las paredes. Dos de ellos me gustaron mucho.

—¿Habéis pintado también esos dos? —pregunté.

—¿Y por qué no? —contestó—. Esos son de los famosos maestros Leonardo da Vinci y Guido Reni. ¡Pero tú no no tienes ni idea! —Sus últimas palabras me fastidiaron muchísimo.

—¡Oh! —exclamé yo entonces tranquilamente—. ¡Conozco a esos maestros como a mi propio bolsillo! —Él se quedó atónito.

—¿Cómo es eso? —preguntó rápidamente.

—Pues porque he viajado con ellos día y noche, a caballo, a pie y en carroza a la velocidad del viento, hasta que los perdí en una posada y entonces proseguí solo mi camino en la diligencia que me llevó a dos ruedas por un horrible sendero de piedras, y...

—¡Bueno, bueno! —me interrumpió, mirándome fijamente como a un loco. Y entonces rompió a reír a carcajadas—. ¡Ay! ¡Acabo de comprender que has viajado con dos pintores llamados Guido y Leonhard!, ¿no? —Tras esa afirmación, se levantó y me miró de nuevo de arriba abajo detenidamente—. ¿Acaso también tocas el violín? —Rocé el bolsillo de mi chaqueta y el violín emitió un sonido—. Aunque no te lo creas —continuó el pintor—, una auténtica condesa alemana estuvo buscando por todos los rincones de Roma a dos pintores y a un joven violinista.

—¿Una joven condesa de Alemania? —exclamé muy entusiasmado—. ¿También la acompañaba un conserje?

—Eso no lo sé —contestó el pintor—, sólo la vi unas cuantas veces en casa de una amiga suya que tampoco vive en la ciudad.

De pronto destapó un gran cuadro oculto tras una tela de lino y sentí como si abrieran una ventana en un cuarto oscuro. ¡Era su excelencia, la bella dama! Estaba allí, parecía de carne y hueso, en el jardín, con un vestido de terciopelo negro y levantando con una mano un velo de su cara que miraba serenamente hacia un paisaje maravilloso. Cuanto más la miraba más me parecía verla en los jardines de palacio, entre flores y ramas que se balanceaban en el aire, con la carretera paralela a la casita del aduanero y, al fondo, el Danubio y las lejanas montañas azules.

—¡Es ella! ¡Es ella! —grité. Agarré mi sombrero y salí corriendo por la puerta, bajando los peldaños de las escaleras de dos en dos mientras a lo lejos oía cómo me llamaba el pintor, proponiéndome que regresara por la noche, pues a lo mejor entonces podríamos indagar más.

CAPÍTULO OCTAVO

CORRÍ A TODA VELOCIDAD en dirección a la casa donde la noche anterior había oído cantar a la señora. En las calles ya había mucho ajeteo. Damas y caballeros paseaban bajo el sol, saludándose de vez en cuando, mientras entre ellos circulaban hermosos carruajes y, por encima de tanto gentío, se mezclaba el sonido de las campanas de todas las torres que llamaban a misa. Me embriagaba tanta alegría que corrí y corrí hasta que finalmente ya no supe dónde me hallaba. Parecía un hechizo, como si la plaza con la fuente, el jardín y la casa sólo fuesen un sueño que con la luz del día desaparecía de la faz de la tierra.

No pude preguntar a nadie por la plaza pues desconocía cómo se llamaba. Empezó a hacer calor, los rayos del sol caían del cielo como flechas, la gente comenzaba a resguardarse en sus hogares, por todas partes bajaban las persianas y, de pronto, las calles se quedaron desiertas. Estaba desesperado. Delante de una hermosa mansión me tumbé bajo un balcón sostenido por grandes columnas que me proporcionaban buena sombra. Miraba hacia la ciudad que, aunque era mediodía, mostraba un aspecto sombrío. Después contemplé el cielo azul, sin atisbo de una sola nube, hasta que completamente agotado me quedé dormido. Soñaba que dormía en una preciosa pradera próxima a mi pueblo, con una cálida lluvia brillando bajo el sol a punto de esconderse detrás de las montañas. Según caían las gotas de lluvia se convertían en flores que cubrían todo mi cuerpo.

¡Cuán grande fue mi sorpresa al despertarme y ver realmente flores frescas a mi lado y sobre mí! Me incorporé de un salto, pero no percibí nada especial. Sólo una ventana repleta de flores encima de mi cabeza y detrás un papagayo chillón. Recogí algunas flores, me hice un ramillete y lo metí en el ojal de mi chaqueta. Luego intenté discutir un rato con el papagayo, porque me resultaba gracioso su modo de moverse de un lado para otro, haciendo muecas en su jaula. Casi sin darme cuenta empezó a insultarme: *furfante*^[2]. Me fastidió, aunque sabía que se trataba de una bestia sin sentido común, y también lo insulté; yo lo hacía en alemán y él en italiano. Estuvimos así durante un buen rato.

De pronto advertí que alguien se reía a mi espalda. Al darme la vuelta encontré al pintor que había conocido esa misma mañana.

—¡Qué tonterías estás haciendo! ¡Llevo media hora esperándote! El aire ha refrescado un poco, así que vámonos a unos jardines de las afueras donde podremos encontrar paisanos tuyos que quizás sepan algo más de tu condesa.

Me pareció una excelente idea y emprendimos la marcha. Los gritos del papagayo nos acompañaron un buen trecho.

A las afueras de la ciudad ascendimos por unos estrechos senderos de piedra, pasando ante casas de campo y viñedos hasta llegar en lo alto a un pequeño jardín en el que algunos muchachos y muchachas se sentaban alrededor de una mesa. Al entrar nos hicieron señas para que guardáramos silencio, señalando hacia un parral donde, al otro extremo del jardín, dos hermosas mujeres estaban sentadas una frente a otra. Una cantaba, la otra tocaba la guitarra y en medio, de pie, un hombre de vez en cuando marcaba el compás con una pequeña batuta. El sol del atardecer brillaba a través de las hojas de la parra y reflejaba sus destellos en las botellas de vino que había sobre la mesa, en los centros de frutas y en los hombros blanquísimos de la guitarrista. Su compañera se ensimismaba con sus canciones italianas, a veces un tanto sofisticadas.

En el instante en que ella sostenía con su voz una larga cadencia y el hombre ponía toda su atención en marcar el ritmo en el momento adecuado, con todo el mundo conteniendo la respiración, la puerta del jardín se abrió con gran estruendo y entraron discutiendo a voz en grito una chica muy acalorada seguida por un muchacho. El director de orquesta se quedó paralizado con la batuta en la mano, lo que sobre todo le daba aspecto de hechicero; la señora dejó abruptamente de cantar y se levantó. Todos los demás regañaron al muchacho muy enfurecidos.

—¡Bárbaro! —le gritó uno—. ¡Entras corriendo a molestar en medio de un *tableau*^[3] que describe uno de los cuadros más bonitos de Hummel^[4] que pudieron contemplarse en la exposición de Berlín en otoño de 1814, y que Hoffmann^[5], que en paz descansa, incluyó en su almanaque para mujeres, página 347, del año 1816.

Pero todo resultó inútil.

—¡Qué más da! —dijo el muchacho—. ¡A mí qué me importan vuestros malditos *tableaus*! ¡Los demás quedaos con el cuadro, pero la chica es para mí solo! ¡Eso es lo que hay! ¡Infeliz, mentirosa! —siguió gritando, dirigiéndose a ella—. ¡Tú! ¡Alma perdida! ¡Que sólo buscas dinero en las artes y el hilo de oro en la poesía, que en lugar de amante sólo quieres tesoros! ¡En vez de un honrado y sencillo pintor, espero que encuentres un duque cargado de dinero, con diamantes en la nariz y pelos de oro en la calva! ¡A ver! ¿Qué es esa nota que me ocultas? ¿Qué has hecho? ¿De quién y para quién es ese trozo de papel?

La chica se resistía estoicamente. La gente rodeaba al muchacho para intentar calmarle, pero él cada vez se enfurecía más. La muchacha, que tampoco se callaba, finalmente logró escapar de la aglomeración y se me echó encima en busca de protección.

Asumí rápidamente el papel de protector. En ese instante los demás dejaron de prestarnos atención y la chica pudo aprovechar la ocasión para susurrarme al oído:

—¡Asqueroso aduanero! ¡Mira cuánto estoy sufriendo por tu culpa! ¡Rápido, coge este trozo de papel! Encontrarás en él nuestra dirección. A la hora convenida, cuando llegues a la puerta de entrada, sigue por la calle solitaria que se abre a la derecha.

Tan sorprendido estaba que no pude pronunciar palabra. La miré detenidamente y la reconocí: era la doncella respondona de palacio que una noche me trajo una botella de vino. Nunca me había parecido tan hermosa como en ese momento, apoyada en mi hombro, con sus largos rizos negros cayendo sobre mi brazo.

—Pero, queridísima señorita, ¿cómo es que...?

—¡Dios Santo, cálese, cálese! —respondió, y antes de darme cuenta ya había salido corriendo hacia el otro extremo del jardín.

Los demás, olvidado ya el asunto de la disputa inicial, seguían discutiendo para intentar convencer al joven muchacho de que estaba ligeramente borracho, algo que no era precisamente digno de un pintor serio. El hombre recordete del emparrado, quien —según me enteré después— era gran conocedor y amante de las ciencias y participaba por amor al arte en todos los actos en que podía, había soltado su batuta y deambulaba por allí en medio del jaleo, con su cara redonda exultante de amabilidad, intentando arreglar las cosas y tranquilizando los ánimos mientras lamentaba la pérdida del bonito *tableau* que tanto le había costado organizar y que no había podido concluir.

Sentía tanta luz en mi corazón como aquel sábado en el que, delante de una botella de vino, toqué el violín hasta altas horas de la noche junto a mi ventana abierta de par en par. Puesto que en el jardín no cesaba el tumulto, cogí mi violín y, sin pensarlo dos veces, empecé a interpretar una danza italiana que solían bailar en aquellas montañas y que había aprendido en el viejo castillo del bosque.

Todos alzaron sus cabezas.

—¡Bravo, bravísimo! ¡Una idea maravillosa! —exclamó el alegre amante de las artes, y corrió de un lado a otro para organizar un *divertimento campestre*, como él lo llamaba.

Él mismo hizo los honores, cogió la mano de la dama que antes tocaba la guitarra y empezó a bailar de manera extravagante, haciendo cosas raras en el suelo con sus pies y dando de tanto en tanto algún salto en el aire. Pero se cansó pronto, porque era demasiado corpulento y los saltos le quedaban cada vez más pequeños y más torpes, hasta que se salió del círculo totalmente exhausto y se secó el sudor con un blanquísimo pañuelo. Mientras tanto, el joven, que parecía haber recobrado la cordura, sacó de la taberna unas castañuelas y todos danzaron a mi alrededor. El sol del atardecer enviaba sus últimos reflejos rojizos a través de las sombras, por encima de los viejos muros y las columnas cubiertas de hiedra del fondo del jardín, mientras por el otro extremo se divisaba la ciudad de Roma bajo el crepúsculo en todo su esplendor. Me producía una gran dicha contemplar a todo el mundo bailando y a las esbeltas mozas —entre ellas la doncella de palacio— levantando sus brazos entre las ramas para hacer sonar las castañuelas como si fueran ninfas del bosque. No pude

contenerme más tiempo. Salté en medio de todos y me puse a bailar mientras tocaba.

Así estuve dando vueltas en círculos durante un buen rato, sin apenas darme cuenta de que los demás ya empezaban a cansarse y se iban perdiendo por ahí. Alguien me tiró del faldón de mi chaqueta. Era la doncella.

—No hagas el imbécil —dijo en voz baja—. ¡Estás brincando como si fueras una cabra! Más vale que estudies la nota que te he dado y que me sigas cuanto antes, porque la joven condesa te está esperando. —Pronunciadas estas palabras salió por la puerta del jardín y a través de los viñedos desapareció entre la oscuridad.

Mi corazón latía con fuerza y me dispuse a seguirla inmediatamente. Pero en ese momento el camarero encendió la luz de la puerta. Me acerqué a ella y saqué la nota. Algunos garabatos trazados a pluma indicaban la dirección de una calle y las señas de un portal, tal y como me había anunciado la doncella. Decía: «A las once en la puerta pequeña».

¡Todavía faltaban un par de larguísimas horas! Pese a ello, deseaba marcharme inmediatamente porque los nervios habían hecho presa en mí. Pero entonces se me acercó el pintor que me había llevado hasta allí.

—¿Has podido hablar con la chica? —me preguntó—. No la veo por ningún sitio y era la doncella de la condesa alemana.

—Que sí, que sí —respondí—. La condesa aún está en Roma.

—Pues qué bien —añadió el pintor—, así podrás beber con nosotros a su salud.

Pese a que opuse muchos esfuerzos para resistirme, me llevó de vuelta al jardín.

Allí todo estaba ya medio vacío y bastante aburrido. Los alegres visitantes habían tomado a sus chicas del brazo y se dirigían juntos hacia la ciudad. Durante algún tiempo percibimos sus voces y sus risas, cada vez más lejanas, hasta que fueron perdiéndose valle abajo entre el murmullo de los árboles y el río. Me había quedado solo con mi pintor y el señor Eckbrecht —así llamó el pintor al joven que había discutido tanto—. La luna envió su espléndida luz al jardín a través de los árboles altos y oscuros y, sobre la mesa, una lucecita flameaba al viento reflejando destellos sobre el vino derramado. Me pidió que me sentase un momento, y *mi pintor* empezó a charlar, preguntándome de dónde venía, aspectos de mi viaje y mis planes de futuro. El señor Eckbrecht cogió a la jovencita que nos había servido el vino, le puso la guitarra en los brazos y empezó a enseñarle una canción. No tardó mucho en colocar bien sus pequeñas manos, y pronto comenzaron a interpretar una canción italiana, una estrofa la cantaba él, otra ella; sonaba muy bonito. Cuando llamaron a la muchacha, el señor Eckbrecht cogió su guitarra, se acomodó mejor en el banco, puso los pies encima de una silla que había ante él y empezó a cantar para sí muchas canciones en alemán y en italiano, dejando de prestarnos atención. Las estrellas del firmamento y los alrededores bañados por la luz plateada de la luna me hacían soñar y pensé en preciosas mujeres, en mi pueblo... hasta que me olvidé por completo del pintor que seguía a mi lado. El señor Eckbrecht se veía obligado de vez en cuando a afinar su guitarra, lo que le ponía furioso, y en una de esas saltó una cuerda, tiró la guitarra y se

puso en pie de un salto. Entonces advirtió que el otro pintor se había dormido apoyando su brazo sobre la mesa. Se puso su abrigo blanco, pero luego se lo pensó mejor. Miró a *mi pintor*, luego a mí, cogió su abrigo y se sentó encima de la mesa, justo enfrente de mí, para sermonearme mientras se colocaba el pañuelo que llevaba:

—Querido oyente y paisano —me dijo—, puesto que las botellas están más bien vacías y la moral es nuestra primera obligación como ciudadanos, cuando las virtudes empiezan a escasear, me siento en el deber —movido por la simpatía que te tengo como paisano— de recordarte algunas *moralidades*. Podría pensarse —siguió diciendo— que eres simplemente un joven, pero el frac que llevas ya está un poco ajado, y los brincos que diste antes podrían haberse interpretado como obra de un sátiro. Algunos incluso podrían haberte confundido con un vagabundo por el simple hecho de tocar el violín por los campos; pero a mí no me interesan opiniones tan superficiales, yo me he fijado sobre todo en tu nariz bien afilada y pienso que eres un genio ocioso.

Me fastidiaban mucho esos giros insidiosos y me dispuse a contestarle, pero no me dejó hablar.

—Lo ves —dijo—, como te vanaglorias por tan pequeño elogio. ¡Debes arrepentirte y meditar sobre ese peligroso oficio! A nosotros, los genios —porque yo también lo soy—, no nos importa este mundo, igual que al mundo tampoco le importamos nosotros. Nuestra única meta es dirigirnos con botas de siete leguas, porque ya nacemos con ellas puestas, directamente hacia la eternidad. ¡Qué posición más lamentable e incómoda tenemos: con una pierna pisamos en el futuro, donde sólo hay auroras mezcladas con caras de niños que han de nacer, y con la otra aún permanecemos en el centro de Roma, en la Piazza di Popolo, donde reside el siglo entero que pretende colgarse en nuestra bota y está a punto de arrancarnos la pierna! ¡Y todo ese esfuerzo, beber vino y pasar hambre, para ganar la inmortal eternidad! ¿Ves en el banco de allí a mi colega, que también es un genio? Si él ya se ha aburrido aquí, ¿cómo crees que lo pasará en la eternidad? Así que, estimado colega, tú y yo y el sol nos hemos levantado hoy juntos, hemos estado pensando todo el día, hemos pintado y todo resultaba hermoso, pero ahora llega la noche que atraviesa el mundo y de un plumazo borra todos los colores. —Siguió hablando y hablando, y con los pelos de punta, como consecuencia de los bailes y el vino, parecía un fantasma blanco como la muerte bajo la luz de la luna.

Hacía tiempo que me estaban mosqueando sus palabras carentes de sentido y, en el momento en que se giró hacia el pintor durmiente, aproveché para salir del jardín y, por fin solo, descendí hacia el valle a través de los viñedos, acompañado exclusivamente por la luna.

Desde la ciudad se oía a los relojes dando las diez. Dejé tras de mí los últimos acordes de guitarra y las voces lejanas de los dos pintores, que también se disponían a regresar a sus casas. Caminé lo más rápido que pude para que no me dieran alcance.

Al llegar a la puerta de la ciudad, giré a la derecha y caminé deprisa entre las

casas con el corazón latiendo aceleradamente. Y, ¡qué sorpresa!, de repente me hallé en la plaza de la fuente que no había podido encontrar durante el día. Bajo la luz de la luna allí estaba la casa solitaria e, igual que la noche anterior, la bella señora cantaba la misma canción italiana. Corrí plenamente feliz hacia la pequeña entrada, después hasta el portal y luego hacia el gran portón del jardín, pero todos estaban cerrados. De pronto me acordé de que aún no eran las once. Me enfadé un poco porque el tiempo pasaba lentísimo, pero en aras de la buena educación deseché trepar por la puerta del jardín tal y como había hecho el día anterior. Así que estuve un rato recorriendo de arriba abajo la plaza solitaria y me senté de nuevo en el borde de la fuente, inmerso en mis pensamientos y lleno de esperanza.

Las estrellas brillaban en el firmamento, la plaza se encontraba vacía y en completo silencio. Escuchaba el canto de la bella dama cuando vi acercarse desde el otro extremo una figura blanca que se dirigía directamente hacia la entrada del jardín. Me fijé todo lo que pude y reconocí al pintor salvaje, vestido con su abrigo blanco. Sacó una llave, abrió la puerta y, antes de que me diera cuenta, se plantó dentro del jardín.

Desde un principio había sentido aversión hacia aquel pintor debido a su rarísima conversación. Pero ahora me invadía una rabia que era incapaz de contener. «Seguro que está borracho —pensé—, seguro que ha conseguido la llave gracias a la doncella y ahora se dispone a asaltar a la dama». No lo pensé dos veces y me lancé hacia la puertecilla que se había quedado entreabierta.

Dentro reinaba un absoluto silencio. Encontré abierto el gran portal desde donde se escapaba una suave sombra de luz blanca que arrojaba destellos sobre el césped y las flores plantadas ante la puerta. Intenté mirar adentro desde la lejanía. Vi una maravillosa estancia de color verde y a la hermosa dama echada en un diván de seda, con la guitarra en sus brazos, ajena a los peligros que amenazaban desde el exterior.

No tuve mucho tiempo para pensar porque advertí que la figura blanca se acercaba lentamente a la casa. La canción de la señora era tan triste que me llegó al corazón. No lo pensé dos veces, arranqué una rama y con ella en la mano me abalancé sobre de la figura blanca gritando «¡mordio!» y haciendo temblar todo el jardín.

El pintor se sorprendió tanto que salió corriendo y gritando. Pero yo gritaba aún más. Se encaminó hacia la casa y fui tras él. Cuando casi lo podía tocar, tuve la mala suerte de que los pies se me enroscaran entre las plantas y caí justo delante de la entrada.

—¡Así que eres tú, idiota! —escuché una voz encima de mí—. ¡Casi me muero del susto! —Me levanté con gran esfuerzo, me quité la tierra de los ojos y, delante de mí, vi a la doncella con su abrigo blanco tendido en el suelo.

—Pero... —balbuceé completamente sorprendido—, ¿no era el pintor quien estaba aquí hace un momento?

—¡Claro que sí! —contestó respondona—. Por lo menos su abrigo. Me lo prestó

cuando nos encontramos en la puerta grande porque tenía mucho frío.

Alertada por las voces, la señora saltó del sofá y se acercó. Mi corazón latía tan rápido que casi se me salió. No ganaba para sustos pues advertí que no se trataba de la bella dama, sino de otra completamente desconocida.

Resultó ser una señora grande, muy corpulenta, de nariz aguileña y cejas negras bien curvadas, bella hasta asustar... Me miró majestuosamente, con sus ojos brillantes, y no supe dónde meterme. Empecé a dirigirle cumplidos sin cesar, pretendí besarle la mano, pero ella la retiró rápidamente y se dirigió a la doncella en italiano. No entendí nada.

Mientras tanto, todo el vecindario se había percatado de los ruidos. Los perros ladraban, los niños chillaban, se oían voces de hombres que se aproximaban al jardín. La señora me miró una vez más como si quisiera atravesarme con dos ardientes globos, se giró hacia su habitación y, al tiempo que se reía, un poco forzada y con mucho orgullo, me cerró la puerta en la narices. La doncella me cogió de una manga y me arrastró hacia la entrada del jardín.

—¡Otra vez has hecho el tonto! —me espetó con cierta maldad. Pero yo también me puse furioso:

—¡Al diablo! —protesté—. ¿No ha sido usted quien me ha mandado venir aquí?

—¡Eso es! —grito la doncella—. Mi condesa sólo tiene buenas intenciones, te tira flores por la ventana, canta canciones, ¿y cómo se lo agradeces? Contigo no hay quien pueda. Estás echando tu suerte a perder.

—Pero —empecé a decir—, yo pensaba que era la condesa de Alemania, la hermosa señora.

—¡Ay! —me interrumpió—, esa hace tiempo que ha regresado a Alemania con todo tu *amour*. Así que más te vale correr hacia allí. Suspira por ti, así que juntos podéis tocar el violín y mirar la luna, ¡pero no te atrevas a acercarte otra vez a mí!

En ese instante escuchamos a nuestra espalda unos ruidos tremendos. Gente armada con palos se había subido a las verjas, otros maldecían buscando entre los arbustos, por las ventanas de la casa asomaban caras medio dormidas, parecía que el mismísimo satanás hubiese enviado gentuza por doquier. La doncella no dudó demasiado.

—¡Por allí va el ladrón! —les gritó, señalando hacia el otro extremo del jardín, al tiempo que rápidamente me empujaba a la calle y cerraba la puerta.

Así que volví a encontrarme en la plaza, igual que cuando llegué el día anterior, totalmente solo bajo el firmamento de Dios. La fuente, que pocas horas antes me parecía preciosa con sus destellos de luz de luna, semejantes a ángeles que subían y bajaban, seguía susurrando de la misma manera, pero a mi ya no me interesaba en absoluto. Me propuse firmemente dejar atrás para siempre la falsa Italia, con sus locos pintores, naranjas y doncellas, y en ese mismo instante di la vuelta y salí por la puerta de la ciudad.

CAPÍTULO NOVENO

ALLÁ esperan las montañas
«¿Quién anda por ahí, al alba,
por el prado, en la lejanía?»
Estoy mirando a las montañas
y sonrío de corazón,
y de mi interior brotan gritos
y palabras al mismo tiempo:
¡Viva Austria!

Ahora sí que me reconocen
y me saludan los riachuelos,
y los pájaros, y los bosques,
mientras brilla el Danubio al fondo,
y la torre de San Esteban
se asoma por el horizonte
y quiere verme; si no es ella,
seguro que vendrá en seguida.
¡Viva Austria!

HABÍA LLEGADO a una alta montaña desde donde por primera vez pude divisar Austria. Agité mi sombrero lleno de alegría y de nuevo me puse a cantar la última estrofa de la canción. Desde el bosque percibí que me acompañaban con instrumentos de viento. Me giré y vi tres hombres jóvenes vestidos con largos abrigos azules. Uno tocaba el oboe, otro el clarinete y el tercero, que llevaba un sombrero de tres picos, el cuerno de caza. Me acompañaban con su música que resonaba por todo el bosque. Ni corto ni perezoso, saqué mi violín y toqué y canté con todas mis fuerzas. De pronto se miraron unos a otros muy pensativos y el del cuerno dejó de tocar hasta que todos se quedaron mirándome en silencio. Me detuve igual que ellos, observándolos.

—Creíamos —dijo por fin el del cuerno de caza— que vestido así, de frac largo, era usted un viajero inglés contemplando la bella naturaleza de estos parajes y

pretendíamos ganarnos un *viaticum*^[6]. Pero parece que también es usted músico.

—En realidad soy aduanero —respondí— y vengo directamente de Roma. Pero como hace mucho tiempo que no cobro nada, me gano el sustento con mi violín.

—Eso hoy en día no da para mucho —respondió el del cuerno, que con su sombrero empezaba a avivar una pequeña hoguera encendida por los otros—. Después de ingerir algo calentito los instrumentos sonarán mucho mejor. Confiamos en que, cuando los señores estén almorzando en un restaurante y aparezcamos nosotros en la antesala tocando nuestra música, salga rápidamente un camarero para acallarnos con un poco de dinero o de comida. Pero, en fin, ¿le apetece a usted compartir con nosotros un frugal refrigerio?

La pequeña hoguera llameaba alegremente, la mañana era fresca y todos nos sentamos en la hierba alrededor del fuego. Dos de los músicos retiraron de la lumbre una pequeña olla con leche y café y se la pasaron mojando en ella pan que sacaron de sus bolsillos. Comían con tanto placer que daba alegría verlos. El del cuerno se dirigió hacia mí diciendo:

—No puedo con este brebaje negro —me dio la mitad de un bocadillo de mantequilla y me ofreció una botella de vino—. ¿Quiere el señor echar un trago? —Di un buen trago, pero lo interrumpí rápidamente porque el sabor era horrible—. Es de por aquí —dijo el músico de la cuerna—, pero supongo que en Italia al señor se le habrá estropeado el gusto alemán.

Después de eso extrajo de su bolsa un montón de cachivaches, entre ellos un viejo mapa donde aún se distinguía al Emperador en traje de ceremonia, con el cetro en la mano derecha y el globo imperial en la izquierda. Puso el mapa en el suelo, los otros se acercaron y deliberaron sobre la ruta a elegir.

—Las vacaciones están llegando a su fin —dijo uno de ellos—. Si giramos hacia la izquierda desde Linz, llegaremos a tiempo a Praga.

—¡De verdad! —exclamó el corneta—. ¿A quién quieres engañar? ¡Sólo habrá bosques y campesinos sin sensibilidad alguna por el arte!

—¡Vaya tontería! —añadió el otro—. A mí los campesinos son los que más me gustan, porque saben dónde nos duele y no se mosquean cuando te equivocas en una nota.

—Eso significa que careces de *point d'honneur*^[7] —dijo el del cuerno—. *Odi profanum vulgus et arceo*^[8], dice el latinista.

Y el tercero añadió:

—Imagino que por el camino habrá algunas iglesias, así que podremos contar con los curas.

—Querido amigo, precisamente los curas dan poquito dinero y muchos sermones. Dirán que no vagabundeemos por el mundo y que nos apliquemos a las ciencias, sobre todo cuando adviertan que soy un futuro clérigo. No, no, *clericus clericum non decimat*^[9]. ¡¿Pero qué problema hay?! Los señores profesores aún están en Karlsbad y todavía no se preocupan demasiado de sus menesteres diarios.

—Sí, *distinguendum est inter et inter*^[10] —contestó el otro—. *Quod licet Jovi, non licet bovi!*^[11].

Entonces comprendí que eran estudiantes de Praga y me sobrevino un escalofriante respeto hacia ellos, sobre todo porque el latín salía de sus bocas como si fuera agua.

—¿Y el señor, también es estudiante? —me preguntó el de la cuerna.

Contesté humildemente que siempre había tenido muchas ganas de estudiar, pero que no disponía de dinero.

—Eso no importa —añadió—, nosotros tampoco tenemos dinero ni amistades ricas. Pero una cabeza lista tiene que saber ingeniárselas. *Aurora musis amica*, que quiere decir: no estropees tu tiempo con desayunos abundantes. Pero cuando las campanas de mediodía tañen de una torre a otra, de montaña a montaña, por encima de la ciudad, cuando los chicos de los sombríos colegios salen a las calles bañadas por el sol, nosotros entonces nos vamos a ver al padre cocinero de los Capuchinos y encontramos la mesa puesta y, si no lo está, por lo menos hay un cuenco para cada uno y, sin hacer muchas preguntas, comemos al tiempo que perfeccionamos nuestros conocimientos de latín. Así pues, el Señor ve que estudiamos día tras día. Y cuando llegan las vacaciones, los demás se van con sus padres, pero nosotros cogemos nuestros instrumentos, emprendemos la marcha y el mundo es nuestro.

Lo que me estaba contando me llegó al alma y sentí lástima de que gente tan instruida estuviera sola en el mundo. No pude evitar pensar en mí, que me hallaba en la misma situación, y los ojos se me llenaron de lágrimas. El del cuerno de caza me miró sorprendido.

—No importa —me dijo—, no me gustaría viajar con caballos, café, camas recién hechas, gorros de dormir y un mozo esperándonos. Lo más bonito es salir de madrugada y contemplar en lo alto del cielo las aves migratorias sin saber dónde podremos comer y qué cosas nos sucederán hasta que se haga de noche.

—Es más —añadió otro—, a donde quiera que vamos, en cuanto sacamos nuestros instrumentos, todo se vuelve alegre. Cuando al mediodía llegamos a un caserío y nos ponemos a tocar en la entrada, las criadas empiezan a bailar, los señores entreabren las puertas de sus salones para escuchar mejor la música, nosotros oímos el tintineo de los platos y nos llega el olor de los asados mientras las señoritas giran sus cabezas para ver un poquito a los músicos...

—¡La verdad —exclamó de repente el del cuerno—, dejad a los demás que repitan sus compendios, nosotros estudiamos en el gran libro de dibujos que ahí afuera nos abre el buen Dios! Nuestro Señor sabrá que nosotros vamos por el buen camino, que sabemos contar cosas a los campesinos y que desde el púlpito hablaremos con tal autoridad que todos se quedarán boquiabiertos y contentos.

Conforme avanzaba la conversación, me invadía una alegría que me empujó a querer estudiar con ellos. No me cansaba de escucharlos, porque en el fondo me encanta parlotear con gente estudiosa de la que siempre aprendo. En ese momento

interrumpieron la charla, porque uno de los estudiantes recordó que las vacaciones llegaban a su fin. Preparó rápidamente su clarinete y, con una partitura encima de sus rodillas, empezó a ejecutar una parte muy difícil de una misa que querían tocar al llegar a Praga. Aún sonaba bastante estridente, tan fuerte que a ratos no podíamos escuchar ni nuestras propias palabras.

De pronto, el del cuerno gritó con voz grave:

—¡Lo encontré! —Y, muy alegre, enseñó un punto en el mapa. El otro dejó de tocar mirándole extrañado—. Aquí —añadió—, no muy lejos de Viena, hay un castillo donde vive un conserje, y ese conserje es mi primo. Estimados compañeros, allí es a donde debemos dirigirnos, para saludar a mi primo y que él se ocupe de ayudarnos a seguir.

Al oír esto, me levanté de un salto.

—¿Ese primo toca el fagot? —exclamé—. ¿Es de cuerpo alto y fuerte, con una elegante nariz muy grande?

El del cuerno de caza asintió con la cabeza. De alegría, le abracé tan fuerte que se le cayó su sombrero y rápidamente todos decidimos embarcarnos hacia el palacio de la bella dama en el buque correo del Danubio.

Nada más llegar a la orilla comprobamos que se disponía a zarpar. El posadero gordo de la taberna donde el barco había amarrado por la noche estaba en el umbral de la puerta —que por cierto tapaba completamente—, contando algún que otro chiste, mientras por las ventanas se asomaban las chicas saludando a los marineros que cargaban los últimos paquetes.

Un señor mayor, bien vestido con una capa gris y un pañuelo negro, que también deseaba viajar en el barco, conversaba vivamente con un muchacho joven que montaba a su lado en un precioso caballo. Se trataba de un chico muy delgado, vestido con pantalones de cuero y chaqueta roja. Me parecía que los dos me miraban y hablaban de mí. El señor mayor se rió y el muchacho, chasqueando la fusta, se alejó galopando como si quisiera echar una carrera a las golondrinas de lo alto del cielo.

Mientras, los estudiantes y yo reunimos todo el dinero que pudimos encontrar en nuestros bolsillos. El capitán se echó a reír cuando le pagamos en monedas pequeñas de cobre. Yo estaba loco de contento cuando vi ante mí el Danubio. Subimos al barco, el capitán dio la señal y zarpamos inmediatamente. Parecía que volábamos entre montañas y praderas bajo el sol de la mañana. Oímos el canto de los pájaros y las campanadas matutinas procedentes de los lejanos pueblos repartidos a ambas orillas.

Dentro del barco un canario trinaba maravillosamente. Pertenece a una muchacha joven y guapa que navegaba con nosotros. Llevaba la jaula del pajarito a un costado y al otro sujetaba bajo el brazo un hatillo con ropa. Iba sentada, muy tranquila, mirando con satisfacción sus zapatos nuevos —que sobresalían un poco por debajo de sus faldas—, y el agua que se abría ante ella. El sol se reflejaba en su frente y en su pelo muy limpio, peinado con raya al medio. Me di cuenta de que los estudiantes deseaban trabar conversación con la chica, porque pasaron ante de ella varias veces. Pero

carecían del coraje necesario y la muchacha bajaba la mirada cada vez que se le acercaban.

También mostraban cierto reparo delante del señor mayor, el del capote gris, que se sentaba justo frente a ellos, porque le tenían por un clérigo. Leía un breviario cuyos bordes dorados e imágenes de santos destelleaban entre las hojas a la luz del sol. De vez en cuando levantaba la vista hacia el paisaje y observaba los pájaros, pero tampoco perdía detalle de cuanto sucedía en el barco. Al poco rato empezó a conversar en latín con uno de los estudiantes. Se acercaron los tres, se despojaron de sus sombreros y le contestaron igualmente en latín.

Entretanto, yo me había sentado a babor con las piernas colgando mientras oía cómo se encrespaban por abajo las olas y miraba al infinito azul abierto ante mí. Vi aparecer a lo lejos torres, castillos y pueblos que se acercaban para desaparecer de nuevo poco a poco.

«¡Ay, si tuviera alas!», pensé. Saqué mi violín y empecé a tocar todas las viejas melodías que había aprendido primero en casa y después en el castillo de la bella dama.

De repente, alguien me dio por detrás un toque en el hombro. Era el clérigo, que había cerrado su libro y desde hacía un buen rato me estaba escuchando.

—¡Ay, ay! —exclamó riéndose—. ¡Ay, ay, señor *Ludi magister*^[12], se olvida de comer y beber!

Me invitó a que dejara mi violín a un lado y le acompañara a tomar un refrigerio. Me llevó al centro del barco donde los marineros habían preparado un rinconcito con plantas, y allí, encima de barriles y paquetes, nos hizo sentar alrededor de una mesita a los estudiantes, a la muchacha y a mí.

El clérigo empezó a sacar cuidadosamente un asado, pan con mantequilla, algunas botellas de vino y un vaso de plata dorado en su interior. Echó un poco de vino, lo probó, lo olió y nos lo pasó a cada uno de nosotros. Los estudiantes, tiesos como velas, sentados sobre los barriles, probaron muy poquito de tanto respeto como le tenían, y la muchacha tampoco se atrevió a comer mucho. Primero nos miraba a nosotros y luego al clérigo, pero poco a poco se le fue pasando la vergüenza.

Por fin empezó a contarle al clérigo que se separaba por primera vez de su familia para empezar un trabajo en palacio con sus nuevos señores. Enrojecí de pies a cabeza, porque el palacio que mencionaba era de su excelencia, la bella dama.

«¡Así que ésta sería mi futura doncella!», pensé, y casi me desmayo al mirarla.

—En palacio se celebrará pronto una gran boda —dijo el clérigo.

—Sí, sí —confirmó la muchacha, con ganas de saber algo más de la historia—. Se dice que mantenían un amor secreto desde hace mucho tiempo, pero la condesa nunca quiso admitirlo.

El clérigo sólo contestó con un «¡Um, um!», mientras llenaba su vaso y bebía a sorbitos con cara de preocupación. Entretanto, yo me había inclinado hacia delante para no perder detalle de la conversación. El clérigo se dio cuenta.

—Os puedo decir que las dos condesas me han enviado para averiguar si el novio ya anda por estos parajes. Una dama de Roma me escribió que éste hace ya mucho tiempo que había partido de allí.

Según empezó a hablar de la dama de Roma, enrojecí de nuevo.

—¿Reverendo padre, conoce usted al novio?

—No —me dijo—. Pero debe de ser un tipo muy rarito.

—Oh, sí —añadí yo rápidamente—, un tipo que cuando tiene ocasión se escapa para gozar de su libertad.

—Y que vaga por ahí —siguió diciendo el hombre—, trasnochando y durmiendo ante de los portales durante el día.

Eso me molestó mucho.

—Reverendo padre, me parece que estáis mal informado. El novio es un joven bueno, delgado y muy respetuoso, que durante una temporada ha vivido a lo grande en un castillo de Italia, ha alternado con condesas, pintores famosos y doncellas, y sabría administrar muy bien el dinero, si lo tuviera, y...

—Bueno, bueno, no sabía que lo conocieras tan bien —irrumpió el clérigo riéndose con tantas ganas que se puso colorado y se le saltaron las lágrimas.

—Pues yo he oído que el novio es un señor alto y muy rico —dijo de pronto la muchacha.

—¡Ay Dios! ¡Sí, sí! ¡Qué confusión, sólo son conjeturas! —exclamó el clérigo empezando a toser mientras seguía riéndose. Cuando se repuso un poco, cogió el vaso para brindar—: ¡A la salud de los novios!

No sabía muy bien qué pensar del clérigo y de sus historias. Me avergonzaba de mis aventuras en Roma y delante de toda la gente no quería confesarle que el novio era yo.

El vaso hacía de nuevo su ronda, el clérigo, ahora muy amable, hablaba con todos, y los presentes conversaban entre ellos muy animados. Los estudiantes empezaron a contarle sus viajes por las montañas y finalmente sacaron sus instrumentos y se pusieron a tocar. Poco a poco nos envolvió la fresca brisa que subía del río y el sol del atardecer bañó de oro el paisaje. El clérigo se iba animando cada vez más y empezó a contar batallitas de su juventud: cómo pasaba sus vacaciones yendo de marcha de un lado para otro, a veces hambriento, a veces con sed, pero siempre muy alegre. Su vida estudiantil ahora le parecía como unas vacaciones comparada primero con la lúgubre escuela y después con la seriedad del oficio. Los estudiantes echaron otro trago y empezaron a cantar a viva voz:

Hacia el sur se dirigen todos
los pájaros volando, mientras
alegres viandantes saludan
a la aurora con sus sombreros
Aquellos son los estudiantes,

están saliendo por la puerta
de la ciudad y se despiden
haciendo oír sus instrumentos,
diciendo adiós por todas partes.
¡Oh Praga, nos marchamos lejos!
*Et habeat bonam pacem,
qui sedet post fornacem.*

Cruzamos la ciudad de noche
y, a lo lejos, vemos brillar
luz en unas ventanas. Dentro
habrá, seguro, gente alegre
Llamamos a la puerta, muertos
de sed, cansados de la mucha
música interpretada. ¡Tráeme,
tabernero, algo de beber
fresquito! ¡Sírve una copa
de esa jarra de rojo vino!
*Venit ex sua domo -
Beatus ille homo!*

Ya empieza a soplar por los bosques
un Bóreas gélido, y nosotros
vamos andando por los campos,
empapados de nieve y lluvia,
y se nos vuelan los abrigos
y se nos rompen los zapatos.
Y, a pesar de todo, tocamos
y, sin cesar, también cantamos:
*Qui sedet in sua domo
et sedet post fornacem
et habet bonam pacem!*

Aunque los marineros, la muchacha y yo no teníamos ni idea de latín, acompañamos la última estrofa entusiasmados. No obstante, me parecía que el más alegre era yo, puesto que a lo lejos, entre los árboles, ya había visto aparecer mi casita de aduanero y el palacio.

CAPÍTULO DÉCIMO

EL BARCO ATRACÓ EN LA ORILLA y todos nosotros saltamos a tierra, cada uno corriendo en una dirección, como si fuéramos pájaros escapando de una jaula. El clérigo se despidió rápidamente y a pasos gigantescos se dirigió al palacio. Los estudiantes se metieron detrás de unos matorrales para sacudirse los abrigos, afeitarse y asearse un poquito en un riachuelo. La nueva doncella se marchó con su canario y su hatillo bajo el brazo hacia la taberna que le recomendé, porque conocía a la dueña, que era muy amable. Allí podría cambiarse de vestido para presentarse adecuadamente en palacio. Yo estaba contento y feliz y me dirigí directamente a los jardines.

Quería pasar primero por mi casita de aduanero, que seguía en el mismo sitio. Los altos árboles continuaban susurrando como siempre y el cerillo cantor que había escuchado todas las noches cantaba como si nada hubiera cambiado. La ventana de la casita estaba abierta y corrí a mirar por ella. Dentro no había nadie, el reloj de pared sonaba igual, el escritorio seguía bajo la ventana y la larga pipa continuaba en el rincón de siempre. No pude contenerme, salté al interior por la ventana y me senté en el escritorio mirando el libro de cobros. Como antes, los rayos del sol atravesaban el castaño directos hacia el libro, iluminando las cifras con un tono verde dorado, mientras las abejas zumbaban y el cerillo seguía cantando. De pronto, la puerta se abrió y entró un viejo, un larguirucho aduanero vestido con la bata de lunares. Al verme se quedó parado en la puerta, se quitó las gafas y me miró furioso. Me asusté y, sin decir palabra, salí corriendo por la puerta a través del huerto, donde casi me enredé con los hierbajos de las patatas que el aduanero había plantado en lugar de las flores que yo cultivaba. Pude oír cómo salía tras de mí, regañándome, pero yo había llegado ya a lo alto del muro y contemplaba los jardines de palacio con el corazón en un puño.

Percibí los olores, los destellos, oí el júbilo de todos los pajarillos; las plazas y los caminos estaban vacíos, pero las copas de los altos árboles parecían hacerme reverencias al son del viento, como si quisieran saludarme, y el Danubio mandó sus destellos entre los árboles.

De pronto oí un canto en el jardín, procedente de muy lejos:

Cuando el tumulto humano cesa
se oye a la tierra como en sueños
susurrar con todos sus árboles.
El corazón no se da cuenta,
piensa en viejos y tristes tiempos;
dulces espasmos atraviesan,
como relámpagos, el pecho.

La voz y la canción me sonaron muy extrañas, pero a la vez tan conocidas como si las hubiera oído en sueños. Me quedé pensativo durante largo rato.

—¡Es don Guido! —exclamé contentísimo. Era la misma canción que había interpretado desde el balcón de la taberna italiana durante aquella noche de verano en la que lo vi por última vez.

Seguía cantando cuando salté directo hacia a la música a través de los arriates de flores y los setos. Al salir de entre los rosales me quedé tan quieto que parecía hechizado. Allí, en la plaza junto al estanque de los cisnes, sentada en un banco de piedra estaba su excelencia, la bella dama, iluminada por la luz del atardecer, con un maravilloso vestido y una guirnalda de rosas rojas y blancas en su pelo negro. Mirando al suelo, jugaba en la hierba con su fusta. La encontré igual que cuando me hicieron cantar una canción en aquella barca. Frente a ella se sentaba otra joven dama. La vi por detrás, con su melena de rizos color castaño bajándole por la nuca, mientras cantaba al son de la guitarra y los cisnes daban vueltas por el estanque. De pronto, la bella dama levantó la vista y al verme dio un grito. La otra se giró, sus rizos casi le taparon la cara, y, cuando me miró detenidamente, rompió a reír a carcajadas, saltó del banco y dio un par de palmas. Salieron de pronto de entre los arbustos muchas niñas pequeñas, todas vestidas de blanco con lazos verdes y rojos. No podía imaginarme de dónde surgían tantas pequeñas. Formaron un círculo a mi alrededor, se pusieron a bailar y cantaron:

Te traemos nupcial corona
hecha de seda violeta,
te llevamos al jovial baile
y a la alegría de la boda.
Bella corona nupcial verde
hecha de seda violeta.

Era una canción de *El cazador furtivo*^[13]. Reconocí en algunas de las pequeñas cantantes a chiquillas del pueblo. Les di algún que otro pellizco en sus mejillas, pero no me dejaron salir del círculo. En realidad no tenía ni idea de lo que podía significar todo aquello y me quedé quieto.

De repente detrás de los arbustos surgió un joven vestido con finos paños de cazador. No quería dar crédito a mis ojos, ¡era el alegre don Leonhard! Las chiquillas abrieron el círculo, se pusieron firmes, como hechizadas, y cada una se sostuvo a la pata coja, con la otra pierna ligeramente levantada hacia delante, sujetando con sus manos las guirnaldas de flores lo más alto que pudieron. Don Leonhard cogió de la mano a su excelencia, la bella dama, que aún permanecía muy quieta, echándome una miradita de vez en cuando, y la acercó a mí diciendo:

—El amor, querido amigo —y en eso están de acuerdo todos los sabios—, es una de las características más extrañas del corazón humano, echa por tierra todas las barreras de rango y posiciones con una sola mirada ferviente; el mundo le parece demasiado estrecho y la eternidad demasiado corta. En realidad es un manto de poesía que alguna vez envuelve a todo soñador para emigrar a la Arcadia y escapar de este frío mundo. Cuanto más lejos estén los enamorados el uno del otro, más sopla el viento y abre tras ellos un manto de destellos, un manto cuyos pliegues se alargan más y más, un talar de enamorados que crece y crece, y así un caminante neutral no puede atravesar el campo sin pisar sin querer alguna de sus colas. ¡Mi queridísimo señor aduanero y novio! Aunque habéis llegado a las orillas del Tíber con este manto, la pequeña mano de vuestra novia lo sujetaba bien, y vos teníais que volver al suave hechizo de sus bellos ojos. ¡Así pues, como por fin ha ocurrido, queridos enamorados, coged el manto, envolveos en él y olvidaos del resto del mundo! ¡Amaos y sed felices!

Cuando don Leonhard apenas había terminado su sermón, apareció la otra joven dama, la que antes había estado cantando. Se acercó a mí, me puso rápidamente una guirnalda de mirra en la cabeza y, mientras la colocaba, empezó de nuevo a cantar de forma muy coqueta acercando mucho su cara a la mía.

Por esto te quiero yo tanto:
por tu cabeza engalanada
y por las veces que tu arco
me ha solazado el corazón.

Después retrocedió unos pasos.

—¿No te acuerdas de los bandidos que aquella noche de verano sacudieron el árbol donde estabas escondido hasta hacerte caer? —me preguntó mirándome con tanta alegría que mi corazón dio un vuelco. Sin esperar mi contestación, giró a mi alrededor diciendo—: ¡Sigue siendo el mismo y no se le ha pegado nada de los romanos!

—¡Pero mire, mire! —dijo de repente a la otra dama—. ¡Observe que llevaba los bolsillos llenos: ropa, el violín, un cuchillo de barbero, una maleta, todo mezclado!

Me cogió y me hizo girar en todas direcciones sin cesar de reírse. Mientras tanto, su excelencia, la bella dama, seguía muy callada y tan siquiera miró de la vergüenza y

consternación que le causaba la situación. Tuve la sensación de que le molestaba tanta risa y tanta tontería. Vi cómo se le escapaban algunas lágrimas, escondió con las manos su cara y se reclinó hacia la otra dama. Ésta la miró sorprendida y la abrazó.

Me quedé allí de pie, totalmente perplejo. Cuanto más miraba a la dama desconocida, más me recordaba al joven pintor don Guido... ¡y en verdad lo era!

No supe qué decir y, cuando iba a hacer un intento de preguntar, se acercó don Leonhard hablando en secreto con ella.

—¿Pero aún no lo sabe? —le oí decir. Ella negó con la cabeza, y él se quedó un instante muy pensativo.

—Bien, bien —dijo al fin—. Tiene que enterarse lo antes posible para evitar más chismorreos y equívocos.

—Señor aduanero —me dijo finalmente—, no tenemos mucho tiempo para explicaciones, pero hazme el favor de librate ahora mismo de todas las dudas para que luego no empieces de nuevo con más preguntas, sorpresas, invenciones y suposiciones tuyas.

Tras estas palabras me tomó del brazo y nos adentramos algo más entre los arbustos. Entretanto vi a la señorita gesticular con la fusta que había soltado la bella dama. Su rizada melena le tapaba completamente la cara, pero noté que se había puesto coloradísima.

—Pues bien —empezó don Leonhard—, la señorita Flora, que ahora finge que no quiere saber absolutamente nada de toda esta historia, había intercambiado su corazón con alguien. Después llegó otro que, con sus parrafadas y fanfarrias, quiso entregarle su corazón a cambio del suyo. Pero su corazón ya no era libre puesto que ella se lo había dado a otro, y ese otro ya no quería que le devolviera su corazón ni ella renunciar a su amor. —Ponía el grito en el cielo—. ¿Es que no lo entiendes? ¡Parece que no has leído una novela en toda tu vida!

Contesté que no.

—Pero ahora por lo menos has participado en una, es decir, que había tal confusión en los corazones que yo finalmente tuve que intervenir. En una tibia noche de verano cogí dos caballos, me monté en el mío y en el otro subí a la señorita Flora haciéndola pasar por el pintor Guido y, de este modo, partimos hacia el sur, para esconderla en uno de mis solitarios castillos en Italia hasta que se pasara la confusión de los corazones.

»No obstante, nos descubrieron en el camino. Desde el balcón de la taberna, donde tú hacías guardia durmiendo, Flora vio a nuestros perseguidores.

—¿Así que el jorobado?

—Era un espía. Por eso partimos a escondidas hacia los bosques y te dejamos para que cogieras tú solo el carruaje que habíamos contratado. Eso despistaba a nuestros perseguidores y también al personal de mi castillo, que esperaban de un momento a otro a una Flora vestida de hombre, por lo que pensaron, siendo más serviciales que inteligentes, que tú eras la señorita Flora. Incluso aquí en palacio

creyeron que Flora estaba viviendo en el castillo de la montaña. Querían saber de ella, le escribieron. ¿Es que no has recibido una cartita?

Oyendo esas palabras, saqué de mi bolsillo aquella nota.

—¿Es esta la carta?

—Sí, es para mí —contestó la señorita Flora, que parecía que no estaba atenta a nuestra conversación. Me quitó la carta, la leyó y se la guardó en el pecho.

—Ahora —dijo don Leonhard— tenemos que ir a palacio, donde nos esperan; y, para finalizar, como es obvio, nuestra «novela» termina como es debido: revelación, arrepentimiento, reconciliación, todos juntos y contentos, ¡y pasado mañana hay boda!

Mientras hablaba se escuchaba cada vez más alto un ruido espantoso de bombos, trompetas, trompas y trombones. Tiraron salvas, gritaron vivas y las niñas pequeñas de antes salieron por doquier y se pusieron a bailar. Yo saltaba de un lado para otro. Estaba anocheciendo, pero poco a poco fui reconociendo las caras. El viejo jardinero hacía sonar el bombo, los estudiantes de Praga tocaban en medio de todos y, al lado de ellos, el conserje hacía sonar su fagot. Al reconocerle, me acerqué para darle un fuerte abrazo. Eso lo trastornó bastante.

—¡Hay que ver, aunque éste se fuera al fin del mundo seguiría siendo un idiota! —dijo a los estudiantes y siguió tocando aún con más ímpetu.

Entretanto, su excelencia la bella dama se había alejado del alboroto. Iba corriendo como un ciervo espantado hacia el interior de los jardines. La vi a tiempo y corrí tras ella. Los músicos ni se dieron cuenta, aunque luego comentaron que creyeron que nos habíamos ido a palacio, por lo que ellos también se encaminaron hacia allí con su música.

Nosotros llegamos casi al mismo tiempo a la casita de verano, situada en una ladera de los jardines. Tenía las ventanas abiertas hacia el lejano valle. El sol había desaparecido detrás de las montañas hacía un buen rato y sólo quedaban unos destellos rojizos envolviendo la tarde que se desvanecía. El silencio era total, y sólo a lo lejos se oía murmurar al Danubio. Estuve contemplando a la bella condesa, que había llegado ligeramente acalorada por la carrera. Cuando la tuve frente a mí pude percibir el latido de su corazón. Le profesaba tanto respeto que no sabía qué decir. Pero al cabo de un rato me armé de valor, tomé su pequeña mano y entonces ella se arrimó y me estrechó fuertemente entre sus brazos.

Pero al instante se soltó algo aturdida para acercarse a la ventana donde refrescar sus ardientes mejillas con la brisa de la noche.

—¡Ay! —exclamé—. ¡Mi corazón está a punto de estallar! No puedo pensar, todo me parece un sueño.

—A mí también me sucede lo mismo —confesó la bella dama.

Después de un rato siguió diciendo:

—El verano pasado, cuando volví de Roma con la condesa en compañía de la señorita Flora, a la que por fin encontramos sana y salva, no sabíamos absolutamente

nada de ti y pensé que no volvería a verte. Hasta este mediodía, cuando un jinete llegó galopando a palacio y, totalmente exhausto, anunció que venías en el barco correo. —Se detuvo sonriendo—. ¿Te acuerdas —prosiguió— de cuando me viste por última vez ahí arriba en el balcón? Era una noche suave con música sonando en el jardín, igual que hoy.

—A todo esto —seguí yo—, ¿quién se ha muerto?

—¿A quién te refieres? —quiso saber la bella dama un tanto extrañada.

—¡Al esposo de su excelencia! —respondí—. El que estaba en el balcón.

Ella se puso muy colorada.

—¡Pero qué cosas más extrañas tienes en la cabeza! —exclamó—. ¡Era el hijo de la condesa, que justo ese día había vuelto de viaje y, como coincidió que era mi cumpleaños, me cogió de la mano para que también me dedicaran a mí un viva! ¿Fue por eso por lo que te marchaste tan deprisa y corriendo?

—¡Ya lo entiendo! —exclamé dándome con la mano en la frente. Movié la cabeza y se rió.

Me invadió una sensación de bienestar al sentirla tan cercana y alegre, charlando conmigo con tal confianza que podría haberla escuchado durante toda la noche. Busqué en mi bolsillo, donde había guardado almendras de Italia, que a ella también le gustaron, y permanecimos así bastante tiempo, comiendo y mirando el paisaje.

Al rato me dijo:

—¿Ves ahí el palacete blanco que brilla a la luz de la luna? Es un regalo del conde para nosotros. ¡Viviremos allí! Él sabía desde hace tiempo que nos gustábamos, y a ti te aprecia muchísimo. Si no lo hubieras acompañado en el viaje y permanecido con ellos en la taberna cuando se fugó con la señorita, los habrían cogido antes de hacer las paces con la condesa y todo sería diferente.

—¡Dios mío, mi queridísima y bellísima condesa, no sé donde tengo la cabeza de tantas novedades como hay! ¿Así que don Leonhard...?

—¡Sí, sí! —me interrumpió—. Así se hizo llamar en Italia, donde es dueño de todo aquello, y se casará con la hija de nuestra condesa, la bella Flora. ¿Pero por qué me llamas condesa?

La miré extrañado.

—Yo no soy condesa. A mí la condesa me acogió en palacio porque mi tío, el conserje, me trajo aquí de pequeña cuando me quedé huérfana.

De repente me sentí aliviado.

—¡Dios bendiga al conserje! —exclamé entusiasmado—. ¡Que sea nuestro tío! ¡Siempre me ha gustado!

—A él también le agradas, pero le gustaría que te comportaras con un poco más de compostura. También tendrás que vestir con elegancia.

—¡Ay, sí! —grité de alegría—. ¡Con un frac inglés, sombrero de paja, pantalones bombachos y espuelas! ¡Y justo después de la boda nos iremos a Italia, a ver las fuentes de Roma, y nos llevaremos a los estudiantes de Praga y al conserje!

Se quedó sonriendo, mirándome muy complacida. En la lejanía seguía oyéndose la música y desde palacio volaron cohetes iluminando los jardines en la noche. El Danubio enviaba su murmullo ¡y todo resultaba perfecto!



Notas

[1] Juego de palabras en referencia al baile de la tarantela. (Nota de la traductora). <<

[2] En italiano, «pillín». (N. de la T.) <<

[3] *Tableau vivant*, representación, cuadro vivo. (N. de la T.) <<

[4] Johann Erdmann Hummel (1769-1852), pintor alemán. (N. de la T) <<

[5] Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (1776-1822), escritor y compositor alemán, una de las figuras más representativas del romanticismo. (N. de la T.) <<

[6] Dinero para viajar. (N. de la T.) <<

[7] *No tienes clase.* (N. de la T.) <<

[8] *Odio la plebe y me distancio de ella.* Cita de las *Odas* de Horacio (III, 1, 1). (N. de la T.) <<

[9] *Un clérigo no paga a otro clérigo.* (N. de la T.) <<

[10] *Es preciso diferenciar.* (N. de la T.) <<

[11] Refrán latino: *Lo que puede hacer Júpiter, que no lo intente el estúpido.* (N. de la T.) <<

[12] *Maestro del violín.* (N. de la T.) <<

[13] Ópera de C. M. von Weber. (N. de la T.) <<